



LA ÉPOCA DE LAS PASIONES TRISTES

de cómo este mundo desigual
lleva a la frustración y el resentimiento,
y desalienta la lucha por una sociedad mejor

françois dubet

Índice

[Cubierta](#)

[Índice](#)

[Portada](#)

[Copyright](#)

[Introducción. Nuevas desigualdades, nuevas iras](#)

[1. El fin de la sociedad de clases](#)

[De los estamentos a las clases sociales](#)

[El régimen de clases](#)

[Combates por la igualdad](#)

[De los explotados a los inútiles](#)

[La salida del régimen de clases](#)

[Clases populares, en plural](#)

[Trastornos en la representación](#)

[2. El régimen de desigualdades múltiples](#)

[Heterogeneidad e interseccionalidad](#)

[La sumatoria de pequeñas desigualdades](#)

[Micro- y macromovilidad](#)

3. Experiencias y críticas de las desigualdades

La individualización de las experiencias

Desiguales “en calidad de”

Compararse con quienes están más cerca

La extensión del reino de las discriminaciones

El desprecio y el respeto

Los reconocimientos y las justicias

Los criterios de justicia

Ser justo en un mundo injusto

4. Iras e indignaciones

El resentimiento en internet

Cuando las emociones se dan a publicidad

El “estilo paranoico”

Los mecanismos del resentimiento

La economía moral del respeto

La nación, un asunto de iguales

Individualismo y deseo de autoridad

La rutinización de la indignación

Los populismos. Del pueblo al jefe

Pasiones iliberales

Melancolías de izquierda y de derecha

Conclusión. Las izquierdas democráticas contra el populismo

Bibliografía

François Dubet

LA ÉPOCA DE LAS PASIONES TRISTES

De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y
el resentimiento, y desalienta la lucha por una
sociedad mejor

Traducción de

Horacio Pons

 **siglo veintiuno**
editores

Dubet, François

La época de las pasiones tristes / François Dubet.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2020.

Libro digital, EPUB.- (Sociología y política)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-801-010-6

1. Sociología. 2. Desigualdad. 3. Ensayo político. I. Pons, Horacio, trad. II. Título.

CDD 301

Cet ouvrage , publié dans le cadre du Programme d'aide a la publication Victoria Ocampo, a bénéficié du soutien de l'Institut Français d'Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de ayuda a la publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del Institut français de Argentina.

Título original: *Le temps des passions tristes. Inégalités et populisme* (Seuil, 2019)

© 2019, Éditions du Seuil et La République des Idées

© 2020, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

www.sigloxxieditores.com.ar

Diseño de portada: Pablo Font

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: mayo de 2020

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-010-6

Introducción

Nuevas desigualdades, nuevas iras

El espíritu de la época es de pasiones tristes. Con el pretexto de librarse del discurso biempensante y lo políticamente correcto, se puede acusar, denunciar, odiar a los poderosos o los débiles, los muy ricos o los muy pobres, los desempleados, los extranjeros, los refugiados, los intelectuales, los expertos. Apenas más veladamente, se desconfía de la democracia representativa, acusada de incapaz y corrupta, de estar lejos del pueblo, sometida a los *lobbies* y llevada por las riendas de Europa y las finanzas internacionales.

Iras y acusaciones que tiempo atrás pasaban por indignas tienen ahora carta de ciudadanía. Invaden internet. En gran cantidad de países, encontraron expresión política con los nacionalismos y los populismos autoritarios. Y la oleada sigue creciendo, tanto en Gran Bretaña como en Suecia, tanto en Alemania como en Grecia. La cuestión social, que aportaba un marco a nuestras representaciones de la justicia, parece disolverse en las categorías de identidad, nacionalismo y miedo.

Este ensayo aspira a comprender el papel de las desigualdades sociales en el despliegue de esas pasiones tristes. Mi hipótesis es que las iras, los resentimientos y las indignaciones de nuestros días encuentran su explicación no tanto en la amplitud de las desigualdades como en *la transformación del régimen de desigualdades*. Si bien estas parecían inscriptas en la estructura social, en un sistema percibido como injusto pero relativamente estable y legible, en nuestros días se diversifican y se individualizan. Al decaer las sociedades industriales, se multiplican y cambian de carácter, de modo que transforman profundamente la vivencia que tenemos de ellas.

La estructura de las desigualdades de clase se difracta en una sumatoria de pruebas individuales y sufrimientos íntimos que nos llenan de ira y nos

indignan, sin que de momento tengan otra expresión política que el populismo.

La percepción de las desigualdades

No faltan explicaciones para estos cambios. En su mayoría, exponen que las transformaciones del capitalismo, la globalización, el derrumbe de la Unión Soviética, la crisis de 2008 y el terrorismo sacudieron a las sociedades industriales, nacionales y democráticas. Los gobiernos nada pueden contra las crisis y las amenazas. Los trabajadores poco calificados están sometidos a la competencia de los países emergentes, convertidos en las fábricas del mundo.

Para la mayor parte de los analistas, el neoliberalismo (definido con bastante vaguedad, por lo demás) se muestra como la causa fundamental de esas transformaciones e inquietudes. La oleada neoliberal no solo destruiría las instituciones y a los actores de la sociedad industrial, sino que impondría un nuevo individualismo que quiebra las identidades colectivas y las solidaridades, y hace trizas la civilidad y el dominio de sí. En síntesis, “estamos en crisis” y “antes estábamos mejor”.

La atención prestada a la transformación de las desigualdades no debe inducir a subestimar su incremento o, para mayor exactitud, el agotamiento de la larga tendencia a su reducción que marcó décadas de posguerra. En todas partes, el percentil más acaudalado de la población se enriqueció y captó la mayor parte del crecimiento. Mientras en 1970 el 1% más rico recibía el 8% de los ingresos en los Estados Unidos, el 7% en Gran Bretaña y el 9% en Francia, en 2017 su parte ascendió al 22% en los Estados Unidos y el 13% en Gran Bretaña (pero se mantuvo en el 9% en Francia).^[1] Las desigualdades se agravan en beneficio de los ingresos muy altos, los del capital y los de los salarios muy elevados.

Se fortalecen aún más si se tienen en cuenta los patrimonios. Tras un prolongado período de reducción de la parte del patrimonio respecto de los salarios entre 1918 y 1980, los patrimonios se tomaron revancha. Debido al débil crecimiento, los intereses del capital y el precio de las propiedades crecen ahora con mayor rapidez que los salarios.^[2] Los muy ricos se han

vuelto tan ricos que se separan del resto, cuando la gran mayoría de la población tiene la sensación de que su situación se degrada.

Si bien el desempleo puede considerarse una desigualdad intolerable, en Francia las desigualdades de ingreso crecen, pero sin asistir a una escalada “explosiva”. Según los datos del Insee (Institut National de la Statistique et des Études Économiques [Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos]) de 2014, el índice de Gini (que mide la amplitud de las desigualdades) pasa de 0,34 en 1978 a 0,28 en 1999 y 0,31 en 2011. Sin embargo, entre 2003 y 2007, el 10% más pobre se llevó el 2,3% de la riqueza adicional, mientras que el 10% más rico obtuvo el 42,2%. Como en todas partes, el aumento de los salarios muy altos explica esas diferencias[3] y, más aún, explica las desigualdades patrimoniales, porque el 10% más rico es dueño del 47% del patrimonio, y el percentil superior, del 17%. De todos modos, la pobreza (definida como la percepción de un 60% del ingreso medio) ha retrocedido un tanto. Entre 1970 y 2016 la población pobre pasó del 17,3 al 13,6%.

Desde hace casi treinta años, alrededor del 80% de los franceses creen que las desigualdades aumentan, aun en períodos en que no es así. La percepción es que se refuerzan, porque salimos del extenso período en que parecía darse por sentado que las desigualdades sociales se reducirían continuamente, aunque solo fuera por la elevación del nivel de vida. En definitiva, muchas desigualdades crecen, mientras que algunas otras disminuyen. Por lo tanto, sería erróneo establecer una correlación mecánica entre la amplitud de las desigualdades y el modo en que los individuos las perciben, las justifican o se indignan a causa de ellas.

Sufrir “en calidad de”

Nos encontramos en una situación paradójica: la acentuación más o menos fuerte de las desigualdades se conjuga con *el agotamiento de cierto régimen de desigualdades*, el de las clases sociales constituido en las sociedades industriales. Así como en épocas pasadas las desigualdades sociales parecían inscriptas en el orden estable de las clases y sus conflictos, hoy en día no dejan de multiplicarse las brechas, las segmentaciones y las desigualdades, como si cada individuo estuviera surcado por varias de ellas.

En el vasto conjunto que engloba a todos los que no están ni en la cima ni en el fondo de la jerarquía social, las disparidades ya no se superponen de manera tan nítida, tan tajante como poco tiempo atrás, mientras que en tiempos pasados la posición en el sistema de clases parecía acumular todas y cada una de las desigualdades.

En este caso no se trata de una vasta clase media a la cual, sin embargo, dice pertenecer la mayoría de los individuos, sino de un mundo fraccionado según una multitud de criterios y dimensiones. Se constituye así un universo social en el cual somos más o menos desiguales en función de los diversos bienes económicos y culturales de que disponemos y de las diversas esferas a las cuales pertenecemos. Somos desiguales “en calidad de”: asalariado más o menos bien pago, estable o precarizado, poseedor o no de un título educativo, joven o viejo, mujer u hombre, residente de una ciudad dinámica o de un territorio en conflicto, de un barrio *chic* o de un suburbio popular, solo o en pareja, de origen extranjero o no, blanco o no, etc. A decir verdad, esta lista, infinita, no es una novedad.

En cambio, la multiplicación de los criterios de desigualdad es relativamente poco congruente o “integrada” cuando nos alejamos de los grupos que acumulan todas las ventajas o todas las desventajas. Hay mucha gente entre las familias Groseille y Le Quesnoy.^[4] Por lo demás, nuestra nomenclatura social tropieza cada vez con mayores dificultades para designar los conjuntos sociales pertinentes. A las clases sociales y los estratos que dominaban el vocabulario de los sociólogos se agregan sin cesar nociones que ponen de relieve nuevos criterios de desigualdad y nuevos grupos: las clases creativas y las inmóviles, los incluidos y los excluidos, los estables y los precarizados, los ganadores y los perdedores, las minorías estigmatizadas y las mayorías estigmatizadoras, etc.

Por añadidura, cada uno de esos conjuntos está surcado por una multitud de criterios y deslindes, en función de los cuales uno es más o menos igual (o desigual) que los otros. Esa representación y esa experiencia de las desigualdades se alejan gradualmente de las que dominaban la sociedad industrial, en una época en que la posición de clase parecía asociada a un modo de vida, un destino y una conciencia.

La experiencia de las desigualdades

La multiplicación de las desigualdades, y más aún el hecho de que cada cual se ve enfrentado a desigualdades múltiples, transforman profundamente la experiencia al respecto. En primer lugar, las desigualdades se viven como una experiencia singular, una prueba individual, una puesta en entredicho del valor propio, una expresión de desprecio y una humillación. Hay un deslizamiento gradual de la desigualdad de las posiciones sociales a la sospecha de la desigualdad de los individuos, que se sienten más responsables de las desigualdades que los afectan en la medida en que se perciben como libres e iguales en derechos y sienten el deber de afirmarlo.

Por eso, no es sorprendente que el respeto sea la exigencia moral reivindicada con mayor vigor en nuestros días: no el respeto y el honor del rango, sino el respeto debido a la igualdad. Como había intuido Tocqueville, aunque se reduzcan, las desigualdades se viven cada vez más dolorosamente. Su multiplicación y su individualización amplían el espacio de las comparaciones y acentúan la tendencia a evaluarse respecto de quienes están más cerca de uno mismo. En efecto, en este nuevo régimen, las “pequeñas” desigualdades parecen mucho más pertinentes que las “grandes”.

Las grandes desigualdades, que oponen a la mayoría de nosotros al 1% más rico, son menos significativas y nos ponen menos en entredicho que las desigualdades que nos distinguen de las personas con quienes nos cruzamos todos los días. En especial, las desigualdades multiplicadas e individualizadas nunca se inscriben en “grandes relatos” capaces de darles sentido, señalar sus causas y sus responsables, y esbozar proyectos para combatirlas. Pruebas singulares e íntimas, están como disociadas de los marcos sociales y políticos que las explicaban, procuraban razones para luchar juntos y brindaban consuelo y perspectivas.

La distancia entre las pruebas individuales y las apuestas colectivas abre las puertas al resentimiento, las frustraciones, a veces el odio a los demás, para evitar el desprecio de uno mismo. Genera raptos de indignación, pero, por el momento, estas indignaciones no se transforman en movimientos sociales, programas políticos ni lecturas razonadas de la vida social. La experiencia de las desigualdades alimenta a los partidos y movimientos que, a falta de algo mejor, calificamos de “populistas”. Estos, en su esfuerzo por superar la dispersión de las desigualdades, oponen el pueblo a las élites, los franceses a los extranjeros, y establecen una economía moral en la cual el

rechazo de los otros y la indignación devuelven al ciudadano desdichado su valor y su dignidad.

-
- [1] Cecilia García-Peñalosa, “Les inégalités dans les modèles macroéconomiques”, *Revue de l’OFCE*, 153(4): 105-131, 2017.
- [2] Thomas Piketty, *Le capital au XXI^e siècle*, París, Seuil, 2013 [ed. cast.: *El capital en el siglo XXI*, México, FCE, 2014].
- [3] Olivier Godechot, *Working Rich. Salaires, bonus et appropriation du profit dans l’industrie financière*, París, La Découverte, 2007.
- [4] Alusión a la película *La vida es un largo río tranquilo* de Étienne Chatiliez, de 1988, que presenta el contraste, en una ciudad del norte de Francia, entre la familia Groseille, padre, madre y seis hijos que viven de las ayudas sociales y en una vivienda social, y la familia Le Quesnoy, católicos practicantes de posición acomodada: el padre es director regional de Électricité de France y la madre divide su tiempo entre la crianza de cinco hijos y las actividades en la parroquia. [N. de T.]

1. El fin de la sociedad de clases

Es indispensable medir las desigualdades y denunciar aquellas que chocan con nuestros principios de justicia y amenazan la cohesión social, el sentimiento de vivir en una misma sociedad. Por regla general, la crítica de las desigualdades se concentra en las más “obscenas”, que oponen el 1 o el 0,1% de los más ricos al resto, o bien que marcan una separación entre los más pobres y el resto de la sociedad. Desde el punto de vista de la moral, las políticas económicas y la supervivencia del planeta, son decisivas las grandes desigualdades y la concentración de la riqueza, en la medida en que rigen las estrategias de las empresas muy grandes y eluden a los Estados. Desde el punto de vista sociológico y político, el conjunto de las desigualdades y su naturaleza importan mucho más.

En efecto, las grandes desigualdades no deben hacer olvidar las “pequeñas”, las que resultan importantes para los individuos que se cruzan o se evitan en el flujo banal de la vida social, en el trabajo, en la escuela, en la calle y en los transportes. Nos sentimos legítimamente escandalizados por las fortunas de Bernard Arnault o Bill Gates, pero es probable que esas desigualdades parezcan abstractas por su propia magnitud y nos irriten menos que aquellas que nos distinguen de nuestros colegas mejor pagos por igual trabajo, de los residentes de un barrio “demasiado *chic*” o de los trabajadores protegidos por algunos “privilegios”: todas esas “pequeñas” desigualdades que experimentamos directamente y que irrigan nuestras relaciones sociales.

En este caso, la amplitud de las desigualdades tiene menos importancia que su carácter, la manera en que nos llevan a definirnos y a definir al prójimo, la incubación o formación de la sensación de injusticia, las estrategias desplegadas para combatirlas y a menudo para defenderlas. En efecto, si las grandes desigualdades se combaten, las “pequeñas” se defienden de mejor grado, sobre todo cuando nos favorecen.

De los estamentos a las clases sociales

Hay que mencionar el régimen estamental y las castas porque en el seno de nuestra modernidad subsisten sus huellas. En ese régimen de desigualdades, las diversas posiciones sociales se atribuyen a los individuos en el momento de nacer y de manera definitiva. Se nace campesino o noble, como se nace libre o esclavo. Salvo que uno se convierta en sacerdote o compre un título de nobleza, la filiación dicta un destino totalmente programado.

En ese sistema, no solo son desiguales las posiciones sociales, también lo son (y fundamentalmente) los individuos que las ocupan. Estos no tienen la misma “naturaleza”, la misma “sangre”, la misma dignidad ni el mismo valor. Ese régimen de desigualdades es de carácter “holista”, ya que la posición ocupada en los estamentos y las castas rige por completo las conductas de los individuos: estos no eligen su trabajo, sus alianzas matrimoniales ni sus maneras de vestir y creer.^[5] La sociedad decide por ellos.

Dado que los estamentos y las castas separan a individuos a quienes se considera ontológicamente desiguales, dentro de su marco los conflictos sociales siempre tienen una dimensión religiosa, ya que ponen en entredicho un orden querido por Dios. Son un desorden o la respuesta a un desorden. Para que la burguesía medieval rompiera el orden de las castas, hizo falta que la teología le hiciese un lugar en el cielo, que inventara el purgatorio, y luego, que la teología protestante inventara el ascetismo intramundano y la predestinación. La creación de una subcasta, como la de los indios de la América hispana reducidos a la esclavitud, fue una cuestión tanto teológica como económica: había que justificar esa esclavitud.

El régimen de castas y estamentos sufrió un proceso de erosión a causa del ascenso gradual de las burguesías urbanas, el poderío del Estado, la ruina de las pequeñas noblezas, el desmoronamiento de las comunidades tradicionales. Por último, las revoluciones del Iluminismo hicieron que las sociedades del Antiguo Régimen sufrieran un vuelco radical y tendieran a transformarse en sociedades compuestas por individuos iguales. Sin embargo, más de dos siglos después de las revoluciones democráticas que destruyeron los marcos jurídicos y religiosos del régimen estamental, aún subsisten pesadas herencias de este.

Las leyes Jim Crow^[6] recuerdan que los Estados Unidos, después de la abolición de la esclavitud, preservaron durante mucho tiempo un sistema de

castas y de segregación de “razas”. Desde ese punto de vista, puede considerarse que el racismo biológico no es solo una invención de la Inquisición española, empeñada en desenmascarar a los judíos o “criptojudíos” que “pasaban por” conversos: es un producto de la modernidad, porque en ella la naturaleza es la única que puede reemplazar el nada igualitario orden querido por Dios. A pesar de la abolición del régimen estamental, también las mujeres quedaron asignadas a la naturaleza y la reproducción, mientras que los hombres se consagraban a la producción y la razón: ellas no accedían a todos los derechos universales –en especial, a la ciudadanía– ni a los estudios y las profesiones reservados a los hombres. En cuanto a los colonizados, se los encerró en el estatus de subcasta, aunque la colonización se haya efectuado en nombre de los valores universales de la libertad y la igualdad.

Como demuestra Philippe d'Iribarne, ni siquiera la Revolución de 1789 abolió por completo las barreras del rango y el honor; más que borrarla, democratizó la “lógica del honor”.^[7] El miedo a la impureza, al mal casamiento, a la corrupción infligida por los subalternos no desapareció en las sociedades democráticas, que pese a todo proclaman la igualdad como pináculo de sus valores.

Aún hoy, muchas de las desigualdades que abordamos en términos de discriminaciones y estereotipos pueden comprenderse como las “supervivencias” de una sociedad de estamentos y castas. Si bien esta ya no tiene marco legal, la prohibición de franquear las barreras subsiste más de lo que podría creerse. En “Un corazón sencillo” de Flaubert, Félicité, después de haber criado y amado a los hijos de la familia, queda a la deriva en su destino de criada inútil. Jamás será de la familia, tampoco lo será Louise en *Canción dulce* de Leïla Slimani, un siglo y medio después.

En términos generales, no basta con trabajar juntos para comer en la misma mesa en el comedor, tomar una copa juntos, verse por fuera de la oficina y el taller. Las barreras invisibles del origen social y cultural, el color de la piel, el sexo y el nivel educativo funcionan como fronteras, a veces infranqueables.

El régimen de clases

A pesar de todo, las revoluciones democráticas e industriales inauguraron un nuevo régimen de desigualdades, el de las clases sociales, nacido del encuentro de dos grandes revoluciones. La “providencia democrática” instaaura la igualdad y la libertad de todos. La abolición de las barreras estamentales hace que los individuos ya no tengan impedimentos para cambiar de posición en la escala de las desigualdades, el prestigio y el poder. Pero si la destrucción del régimen estamental redunda en una sociedad integrada por individuos libres e iguales, una sociedad fundada sobre la voluntad general y el contrato –no sobre la tradición y lo sagrado–, esa revolución es ante todo política. No inaugura por sí sola un nuevo régimen de desigualdades. Sigue habiendo ricos y pobres, rentistas y trabajadores, campesinos, artesanos, comerciantes y burgueses, propietarios y proletarios, pero no es aún una sociedad de clases.

Para eso, hace falta que, en el marco democrático, se instale un nuevo tipo de economía, un nuevo modo de producción: el de la Revolución Industrial. El régimen de clases sociales se construye en torno a la formación de la clase obrera miserable y el surgimiento de una clase de industriales capitalistas. Como ya nadie se define esencialmente por su nacimiento y su rango, la posición en la división del trabajo se torna central. Y es aún más esencial porque las desigualdades siguen siendo extremadamente fuertes, a la vez que se despliegan en un marco político y moral que afirma la igualdad de todos.

Está claro que, en el apogeo del desarrollo industrial en Europa Occidental, la mayoría de la población no pertenece ni a la clase obrera ni a la de los capitalistas. Si bien Marx destacaba el preeminente e ineluctable enfrentamiento entre proletarios y capitalistas, no dejaba de enumerar una docena de clases en *Las luchas de clases en Francia*. Más adelante, Max Weber trazaría una distinción entre las clases, definidas por las relaciones de producción, y los grupos, definidos por el poder y el prestigio; pero, a su juicio, el régimen de clases sería el de las sociedades industriales.

Este régimen de desigualdades es moderno en más de un concepto. En él las posiciones sociales se definen por el trabajo, la creatividad humana, y no por la tradición y el orden teológico-político. También es moderno porque, si bien las desigualdades de clases chocan con el principio democrático de la igualdad de los individuos, no se eliminan. Se las impugna en nombre de la igualdad democrática. Las clases sociales nacen pues del encuentro contradictorio entre la igualdad democrática y la división del trabajo

capitalista. Más aún, son la expresión del conflicto entre esas dos dimensiones. Por este motivo, el régimen de clases va más allá de las fábricas y las grandes concentraciones industriales.

Las clases sociales se convierten en “hechos sociales totales”, un “concepto total”, como decía Raymond Aron. El régimen de clases es una manera de leer las desigualdades sociales, porque la sumatoria de las clases da un conjunto. Las posiciones en las relaciones de producción determinan los ingresos, los modos de vida, las relaciones con la cultura, las representaciones de la vida social y la oposición entre “nosotros” y “ellos”. En ese sentido, no hay clases sin conciencia de clase, sin la articulación de una entidad para sí y una oposición a la clase dominante.

El postulado de una sobredeterminación de las actitudes, las conductas y las representaciones por la posición de clase adquiere una consistencia tal que, durante un largo período, los sociólogos procurarían poner en relación posiciones sociales objetivas con actitudes subjetivas, a fin de “verificar” la existencia de las clases sociales. En Francia, esta manera de comprender las desigualdades se encarnó en Pierre Bourdieu, para quien el capital económico determina “en última instancia” las otras formas de capital.

Combates por la igualdad

El régimen de clases parece aún más robusto porque terminó por estructurar la representación política. Tras la oposición entre conservadores y liberales, clericales y modernos, monárquicos y republicanos, todos ellos definidos por su relación con el Antiguo Régimen, la representación política se construyó alrededor de los conflictos de clase, alrededor de la oposición entre los representantes de los trabajadores y los de la burguesía. En todas partes se establecieron izquierdas y derechas que supuestamente representaban clases, sus intereses y su visión del mundo.^[8] En todas partes, parecía que los obreros y sus aliados votaban a la izquierda y que la burguesía y sus aliados votaban a la derecha.

En la sociedad industrial, el régimen de clases sociales tuvo su expresión en movimientos sociales y sindicatos orientados hacia un modelo de justicia social que apuntaba a reducir las desigualdades entre las posiciones sociales, por medio de los derechos sociales, el Estado de bienestar, los

servicios públicos y las transferencias sociales. Ese modelo de justicia invitaba menos a desarrollar la movilidad social en nombre de la igualdad de oportunidades que a reducir las desigualdades entre las posiciones sociales y entre los lugares ocupados por los individuos en la división del trabajo.[9]

Si la movilidad social se desarrollaba, era porque la igualdad social ganaba terreno, pero la movilidad no era el primer objetivo de la justicia. El combate por la igualdad social era legítimo porque se tenía a los individuos por fundamentalmente iguales, pero también porque la sociedad debía devolver a los trabajadores una parte de las riquezas producidas, de las que la explotación capitalista los había despojado.

Los derechos sociales fueron ante todo los de los trabajadores y sus familias, protegidos contra los efectos de la enfermedad y el desempleo, y que, en nombre de su trabajo, conquistaban un derecho a la salud, el descanso y la jubilación. En la sociedad salarial, los derechos de los trabajadores se convirtieron progresivamente en derechos sociales universales.[10] Gracias a la acción de los partidos y sindicatos, y bajo el efecto de las huelgas y movilizaciones, las desigualdades se redujeron de manera notoria, sobre todo cuando el crecimiento permitió transferir riquezas hacia los trabajadores y los más pobres, sin que la situación de los ricos se degradara. En definitiva, en el siglo XX las desigualdades sociales se redujeron porque eran ante todo desigualdades de clase.

Tanto más allá de la tradición marxista, la lectura de las desigualdades sociales en términos de clase terminó por imponerse. ¿Cuáles eran las dimensiones de clase del Estado, la educación, la cultura, los esparcimientos, el consumo? No era cuestión de solo trazar una correlación entre posiciones de clase, prácticas y representaciones colectivas, sino de mostrar cómo contribuían esas prácticas (y las instituciones) a la formación y la reproducción de un orden que desbordaba con mucho las fábricas y los consejos de administración.

Cuando este tipo de análisis predominaba en Francia, en las décadas de 1960 y 1970, las clases sociales funcionaban como un *explicandum* y un *explicans*, a la vez aquello que hay que explicar y lo que explica lo que hay que explicar: las clases explican las conductas y las conciencias de clase que, a su vez, explican las clases. El influjo de esta representación era tan poderoso que las otras desigualdades quedaban en un segundo plano y terminaban incluso por desaparecer en beneficio exclusivo de la

desigualdad que importaba, la desigualdad de clase. Los migrantes se veían menos como desarraigados discriminados que como trabajadores superexplotados; las desigualdades impuestas a las mujeres eran las de las trabajadoras y las esposas de trabajadores, y parecía darse por descontado que su igualdad pasaría solo por el trabajo.

En cierta medida, las clases sociales podían considerarse instituciones a las cuales se acoplaban representaciones de la sociedad, identidades y significaciones comunes. Suscitaban un orgullo en los individuos víctimas de las desigualdades, atribuían causas a las injusticias sufridas, escribían relatos colectivos, proponían utopías y memorias de combates. En el régimen de clases, las pruebas individuales estaban inscriptas en apuestas colectivas, en cierto sentido, anónimas.

Para que esas “instituciones imaginarias” funcionaran, se convirtieron en “realidades” por acción de las asociaciones, los sindicatos, los representantes locales electos, los suburbios con alcaldes “rojos” (como sucedía en la periferia parisina), los movimientos de educación popular, los movimientos deportivos, etc. En la Europa industrial, las desigualdades de clase se cristalizaban en mundos sociales dominados y explotados, pero mundos que ofrecían a los individuos dignidad y capacidades de resistencia.

De los explotados a los inútiles

La cuestión no es saber si hay clases sociales. Sigue habiéndolas, sobre todo clases dirigentes que tienen una fuerte conciencia de sí mismas, de sus intereses y de su identificación con las “leyes” de la economía liberal. Lo que se nos plantea es saber si *el régimen de clases sigue estructurando las desigualdades sociales* y si enmarca las representaciones e identidades de los actores.

La situación actual, paradójica, lo es más por el hecho de que se caracteriza a la vez por la profundización de las desigualdades y el declive del régimen de clases. En no pocos aspectos, esta coyuntura histórica no deja de recordar la de la primera mitad del siglo XIX, época en la que surgían nuevas desigualdades al tiempo que se agotaba la sociedad del Antiguo Régimen. La cuestión social era la del pauperismo y las clases peligrosas, pero no todavía la de la “clase” obrera.

El agotamiento del régimen de clases es una de las consecuencias de las mutaciones del capitalismo mundial. Las sociedades industriales capitalistas se habían formado dentro de sociedades nacionales (más exactamente, dentro de sociedades nacionalizadas, protegidas por fronteras y derechos aduaneros y dirigidas por Estados soberanos que imponían culturas nacionales), pero la globalización cambió las cosas. Las clases obreras europeas y estadounidenses están ahora sometidas a la competencia de los trabajadores de los países emergentes, peor pagos e igualmente calificados, mientras que las antiguas burguesías industriales se han convertido en potencias financieras. En vez de la idea de un proceso de globalización homogénea, puede preferirse la noción de “capitalismo inconexo”, uno caracterizado por la separación y la tensión entre las diferentes esferas de la actividad económica, los mercados financieros, la gobernabilidad de las empresas, los lugares de producción y el consumo.

Si bien la clase obrera nunca tuvo la unidad que se le atribuye, en gran medida el trabajo obrero se transformó con el sistema de producción justo a tiempo, las relaciones directas con los clientes, las tecnologías inteligentes y la multiplicación de los estatus, mientras que en sectores enteros, como la construcción y las obras públicas, aún predomina la movilización de la fuerza física. Poco a poco la producción industrial deja de lado el taylorismo en beneficio del *lean management*, pero los empleos de servicios, por su parte, están cada vez más taylorizados. En promedio, actualmente los empleados ganan menos que los obreros.

En las grandes empresas, la relación social industrial cambió de índole. Si en épocas pasadas el propietario también era el jefe, presente en su fábrica y su castillo, como los maestros de herrerías, hoy el jefe ya no es necesariamente el propietario. Cuando las empresas cierran, ya no es inusual que se embargue a los ejecutivos para que el propietario, a menudo un grupo financiero, se dé a conocer y se manifieste. Las “formas particulares de empleo” (designación eufemística para los contratos de duración determinada y los contratos de interinato) pasaron del 3,4% en 1983 al 10,5% en 1998 y al 12% en 2012. Con la uberización de las actividades aparecen trabajadores autónomos, dependientes de un solo cliente o de la plataforma que les envía clientes, y clientes conminados a juzgar la calidad del servicio prestado. Los cuentapropistas son más pobres y frágiles que los obreros. ¿Cómo situar a esos “independientes dependientes” en una estructura de clases?

En definitiva, se yuxtaponen varios sistemas productivos. Unos participan directamente en la globalización de los intercambios y el desarrollo de las tecnologías de punta, mientras que otros permanecen en mercados nacionales y nichos locales. Una parte de los trabajadores, importante en Francia, se desempeñan en los servicios públicos, donde, si bien están protegidos, sufren como los demás las nuevas formas de gerenciamiento. El personal de salud de los hospitales públicos está bajo ese control, tal como sucede con los obreros, pero no enriquece a nadie.

Por último, una parte creciente de la población se enfrenta al desempleo, la precariedad del trabajo ocasional y el trabajo en negro, cuando no está por completo excluida.[\[11\]](#) Hoy en día, los más pobres son “sin clase” o *underclass*. No son tanto explotados como relegados, “inútiles”.

La salida del régimen de clases

Incluso si se piensa que las clases siguen existiendo, el sistema de clases estalla. La misma clase social se difracta en una serie de mercados económicos y mercados laborales. La vieja división entre los obreros no calificados y los obreros profesionales es sustituida por un estallido de las calificaciones y los estatus: lo que constituía la unidad de la clase obrera parece cada vez más incierto.

No mucho tiempo atrás, los sociólogos buscaban las desigualdades “detrás” de las clases sociales; en cambio, ahora algunos de ellos buscan las clases sociales, principios de unidad, “detrás” de las desigualdades. Así como antes hablábamos de clases sociales, estructura, explotación y estratificación funcional, hoy en día hablamos de desigualdades, en plural. Los trabajos sobre las desigualdades han tenido un crecimiento explosivo en Francia y todos los demás países.[\[12\]](#) Se han multiplicado porque las antiguas clases sociales ya no pueden definirse por la sumatoria más o menos estable de desigualdades. Se puede ser obrero y haber estudiado hasta pasados los 20 años, ser el compañero de una empleada, vivir y consumir como las clases medias, o bien provenir de un país pobre, tener un empleo agotador y precario, residir en un barrio de “viviendas sociales” de los suburbios o vivir en un barrio considerado como un “gueto”.

Esta dispersión de las condiciones de vida se acentúa debido a lo que Olivier Galland designa “desestandarización de las trayectorias”. La trayectoria típica –estudios, trabajo, matrimonio, trabajo, jubilación– sufre en gran medida un cambio radical a causa del largo período de espera hasta conseguir un empleo estable, las idas y vueltas entre el empleo, el desempleo y los estudios, la formación tardía de la pareja, las separaciones, los nuevos matrimonios y las familias ensambladas, las largas jubilaciones y la prolongada vejez. Ahora bien, todas esas trayectorias biográficas son factores considerables de desigualdad; para convencerse, basta con ver la proporción de familias monoparentales entre los pobres.

El estallido del régimen de clases abre el espacio de las desigualdades a la multiplicación de los grupos; de estos, ninguno puede definirse verdaderamente como una clase social. A la dualidad de proletarios y capitalistas y la tripartición de las clases altas, medias y bajas, se han sumado nuevos grupos: los ejecutivos y los creativos,[\[13\]](#) los cosmopolitas móviles y los locales inmóviles, los incluidos y los excluidos, los estables y los precarizados, los urbanos y los rurales, las clases populares y la *underclass*, etc. A esas dicotomías, definidas más a menudo por la relación con el cambio que por una posición jerárquica, conviene sumar la distinción cada vez más predominante entre los nacionales y los migrantes, los mayoritarios y los minoritarios, las edades y las generaciones, los hombres y las mujeres.

Ahora bien, todas estas distinciones afectan directamente el régimen de clases sociales. Por ejemplo, los trabajadores inmigrantes con vocación de ser trabajadores “como los demás” son gradualmente percibidos como minorías. Cuantas más minorías hay en las sociedades (o, en todo caso, cuanto más se ven), más restrictivas y reservadas a los semejantes son las solidaridades y más fuertes parecerían ser las desigualdades sociales.[\[14\]](#)

Clases populares, en plural

El tema de la sociedad de consumo parece haber pasado de moda. Sin embargo, pese a que el consumo masivo, como tal, no ha reducido las desigualdades, sí ha afectado profundamente las barreras entre las clases. Para valerme de las palabras de Edmond Goblot, los “niveles” han sucedido

a las “barreras”. Antes unos estaban privados de los bienes de los cuales otros disponían –automóviles, electrodomésticos, televisores, vacaciones–; en cambio, desde los años sesenta todos o casi todos acceden a ellos.

Esto no engendra una vasta clase media informe y homogénea, porque una jerarquía fina de niveles de consumo sustituye a las viejas barreras de clase. Se distinguen menos los hogares con auto y los hogares sin auto que los tipos de auto, su precio y su categoría. Se distinguen menos quienes salen de vacaciones y quienes no salen que quienes acampan en sitios agrestes y quienes esquían o tienen una casa a orillas del mar.

Si bien esta gradación socava las barreras de clase y favorece la homogeneidad de los modos de vida, exacerba los procesos de distinción, cuando la posición social se expone sin cesar a través del consumo. Las clases altas buscan continuamente los signos de su distinción, mientras que las clases bajas tratan de apropiárselos. Así, como bien saben todos los “creativos” del negocio de la publicidad, lo que ayer era “distinguido” se torna “vulgar” hoy, no bien las categorías inferiores se lo apropian.

Con esos procesos, las desigualdades cambian de índole: ya no marcan una oposición entre “nosotros” y “ellos”, sino que se distribuyen a lo largo de una escala fina y sutil del prestigio asociado al consumo. Una escala que atraviesa las propias clases sociales, porque cada uno debe distinguirse tanto de su vecino como de los miembros de otra clase. Las clases populares, en plural, reemplazan a la clase obrera en singular.[\[15\]](#)

Se puede observar el mismo mecanismo en ámbitos a priori alejados del consumo. Si el mundo juvenil de las décadas de 1950 y 1960 estaba tenazmente escindido entre una juventud que trabajaba al final de los estudios obligatorios y una juventud que proseguía sus estudios en el *lycée* o la universidad, la masificación escolar trasladó las desigualdades al seno mismo de la escuela. Hoy en día, casi el 80% de los jóvenes de 20 años está escolarizado, pero las desigualdades oponen los establecimientos escolares, las especializaciones, las formaciones elegidas, las lenguas estudiadas: sin excepción, estos elementos disfrutan de un prestigio bien consolidado. Tal como en el consumo, la masificación puede exacerbar el sentimiento de desigualdad, porque uno no se compara con quienes están más alejados, sino con quienes están relativamente cerca.

Para retomar las palabras de Edgar Morin, constataremos que el consumo de masas desencadenó un “*cracking* cultural”. Donde había moléculas sociales integradas –las clases–, reveló una multitud de átomos cada vez

más pequeños. En otros términos, el consumo multiplicó los públicos, sin que estos abarquen posiciones de clase: los jóvenes, los no tan jóvenes, los urbanos, los rurales, los aficionados al fútbol, los aficionados a la música, etc. Y dentro de esos públicos, en especial, se multiplican las tribus y subtribus en función de sus esparcimientos, sus gustos y sus estilos. Basta con observar a un grupo de estudiantes secundarios para calibrar la tiranía de las marcas y los *looks*, el peso del conformismo y la expansión de las tribus juveniles.[16] De igual manera, cuando las pantallas, las redes y los canales se multiplican, los públicos proliferan y, en gran medida, se individualizan, ya que cada cual compone su propio programa en afinidad con quienes le son cercanos.

Así, la teoría misma de la distinción cae en el descrédito. Si bien Bourdieu postuló que la escala de los gustos culturales era isomorfa con las jerarquías sociales, la sociología del consumo actual pone en evidencia lógicas “omnívoras”. Los individuos componen sus propios gustos con préstamos de los diversos registros de la cultura: a alguien pueden gustarle a la vez la ópera, el rap, el fútbol y los *reality shows*. [17] ¡Y lo *chic* que puede ser! Por eso, se busca una distinción respecto de una categoría social inferior, a la vez que se afirma una singularidad con respecto a la escala convencional de las distinciones.

Trastornos en la representación

Las clases existen y existirán mientras haya movimientos de clase, partidos de clase y electorados de clase. En la materia, las conductas individuales y las acciones colectivas nunca fueron tan claras como lo postulaba la teoría.

Sin embargo, incluso si se cree que los sindicatos son la expresión de intereses de clase, eso no exime de constatar (como es debido) que en la actualidad su base es sumamente reducida, a menudo replegada en el sector público, y que como, precisamente, sindicatos tienen peso porque la ley aún les asigna un papel importante. Hablan y actúan en nombre de trabajadores que por lo general no están sindicalizados o lo están dentro de empresas públicas y administraciones que les otorgan un gran papel en la gestión de las carreras, la organización del trabajo, el manejo del comité de empresa. Esta debilidad puede lamentarse, pero estamos lejos de una representación

de clase, a excepción de las situaciones dramáticas de cierres de fábricas y planes de despidos masivos en que los sindicatos son la voz de asalariados desesperados.

Desde hace cincuenta años, las cuestiones expresadas por los nuevos movimientos sociales ocupan el espacio de las luchas y los debates públicos: las luchas de las mujeres, las reivindicaciones de los estudiantes, los motines de los jóvenes de los suburbios, los combates ecologistas, los movimientos antirracistas, las defensas de los derechos culturales e incluso las protestas de los grupos identitarios o tradicionalistas. Todas esas movilizaciones animan el debate público, imponen cuestiones políticas de suma importancia, suscitan la adhesión de grandes sectores de la opinión pública y no pocas aversiones.

Sin embargo, aun con la retórica de la “ampliación” de la lucha de clases, es difícil ver en ellos movimientos de clase. Sigue siendo grande la distancia entre los movimientos feministas y la condición de las obreras y empleadas, aun cuando estas estén dominadas a la vez como mujeres y como asalariadas poco calificadas. Familiarizados con un discurso de clase, los movimientos estudiantiles apenas ponen en entredicho el modo de selección escolar de las futuras clases dirigentes y parecen muy alejados de los principiantes y de los alumnos de los colegios técnicos y profesionales. Los ecologistas suelen ser hostiles a las instalaciones industriales que los obreros ven con buenos ojos, pero defienden a los osos que suscitan la hostilidad de los ganaderos. En síntesis, la convergencia de las luchas no está a la vuelta de la esquina.

Con aún más claridad, resulta difícil interpretar el voto como la expresión de una conciencia de clase. Las clases populares no solo votan menos, sino que ya no votan mayoritariamente a los partidos que proclaman representarlas. En materia de voto, la edad, el sexo, el nivel educativo y el lugar de residencia pesan más que la clase. Es cierto que los obreros y empleados tienen pocas probabilidades de sentirse representados: constituían el 20% de los diputados en 1946, el 2,6% en 2012 y el 4,6% en 2017, cuando son el 50% de la población. Incluso en los medios masivos, pese a ser más populares, solo un 15% de los personajes pueden identificarse con las clases populares.[\[18\]](#) Y aun así, a menudo se los ridiculiza.

Mientras el campo de las desigualdades se extiende, el régimen de clases se retrae y la palabra “clase” se convierte en un marcador político y nada

más. Basta con que todas las desigualdades se atribuyan a una causa única, la globalización capitalista, las finanzas o el neoliberalismo, para que todo se convierta en un asunto de clases y de lucha de clases. Pero en ese caso, al estar en todas partes, las clases sociales terminan por no estar en lugar alguno.

-
- [5] Louis Dumont, *Homo hierarchicus. Essai sur le système des castes*, París, Gallimard, 1966 [ed. cast.: *Homo hierarchicus. Ensayo sobre el sistema de castas*, Madrid, Aguilar, 1970], y Fanny Cosandey, *Le rang. Préséances et hiérarchies dans la France d'Ancien Régime*, París, Gallimard, 2016.
- [6] Con este nombre se designa a aquellas normas de contenido racista sancionadas a partir de mediados del siglo XIX en los Estados Unidos y cuyo objetivo era segregar a las personas descendientes de africanos en espacios, locales o medios de transporte públicos.
- [7] Philippe d'Iribarne, *La logique de l'honneur. Gestion des entreprises et traditions nationales*, París, Seuil, 1989.
- [8] Los Estados Unidos escapan a esta tendencia en razón de una industrialización tardía, pero más aún porque, en una sociedad de inmigración, la tensión entre los grupos ya instalados y los recién llegados desplaza la brecha entre clases hacia las comunidades.
- [9] François Dubet, *Les places et les chances. Repenser la justice sociale*, París, Seuil, col. "La République des idées", 2010 [ed. cast.: *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011].
- [10] Robert Castel, *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*, París, Fayard, 1995 [ed. cast.: *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós, 1997].
- [11] Robert Reich, *L'économie mondialisée*, París, Dunod, 1993 [ed. cast.: *El trabajo de las naciones*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1993].
- [12] Olivier Galland y Yannick Lemel, *Sociologie des inégalités*, París, Armand Colin, 2018, y Jan Pakulski y Malcolm Waters, *The Death of Class*, Londres, Sage, 1996.
- [13] Luc Boltanski, *Les cadres. La formation d'un groupe social*, París, Minuit, 1982, y Richard L. Florida, *The Rise of the Creative Class. Revisited*, Nueva York, Basic Books, 2012 [ed. cast.: *La clase creativa. La transformación de la cultura del trabajo y el ocio en el siglo XXI*, 1ª ed., Madrid, Paidós, 2010].
- [14] Robert D. Putnam, "E Pluribus Unum. Diversity and community in the twenty-first century. The 2006 Johan Skytte Prize Lecture", *Scandinavian Political Studies*, 30(2): 137-174, junio de 2007.
- [15] Yasmine Siblot y otros, *Sociologie des classes populaires contemporaines*, París, Armand Colin, 2015.
- [16] Dominique Pasquier, *Cultures lycéennes. La tyrannie de la majorité*, París, Autrement, 2005.
- [17] Philippe Coulangeon, *Les métamorphoses de la distinction. Inégalités culturelles dans la France d'aujourd'hui*, París, Grasset, 2011.
- [18] CSA (Conseil Supérieur de l'Audiovisuel [Consejo Superior Audiovisual]), "Baromètre de la diversité 2016".

2. El régimen de desigualdades múltiples

Por un lado, los grupos afectados por las desigualdades se han multiplicado. Se los define por su actividad profesional, claro está, pero también por estatus de empleo, edad, generación, sexo, sexualidades, orígenes, pertenencias religiosas, territorios e incluso discapacidades. Por otro lado, los criterios y los bienes a partir de los cuales se perciben las desigualdades se multiplican aún más. Se pueden medir las desigualdades de ingresos, de patrimonio, de consumo, de salud, de acceso a los estudios, de prácticas culturales y esparcimientos, de tiempo destinado a la familia, de movilidad espacial, social o profesional, sin olvidar el riesgo de ser discriminado, el techo de cristal, las desigualdades en materia de seguridad, ambiente natural y humano o felicidad. Y todo ello sin contar las desigualdades mundiales, que distinguen a las sociedades mismas.

El investigador que ambicionara estudiar todas las desigualdades debería, teóricamente, construir una tabla que cruzara al menos una decena de grupos de referencia, con unos quince criterios de desigualdad: ¡se obtendrían ciento cincuenta desigualdades! Junto a las grandes desigualdades, cualquiera puede focalizarse en una pequeña desigualdad o una subfamilia de desigualdades. Basta con *cruzar un atributo de estatus y un criterio de diferencia* para revelar una nueva desigualdad.

Heterogeneidad e interseccionalidad

No hay que limitarse a esos elementos: dentro de cada desigualdad, las cosas son aún más complejas. Las ciudades más desigualitarias son las más ricas: en Neuilly-sur-Seine, por ejemplo, hay pobres cuya brecha con los ricos es de 7,8, contra alrededor de 4 para el conjunto de Francia. Esos pobres no se enfrentan a la delincuencia y disfrutan de una buena red de

transporte y buenos establecimientos escolares, pero es probable que padezcan también el hecho de ser pobres en un islote de riqueza.

Nunca hay que olvidar que, detrás de los promedios, se esconden distribuciones más finas que son también desigualdades. Cuando se dice que los alumnos de los barrios populares tienen peor desempeño que los de los barrios favorecidos, no significa que todos esos alumnos lo tengan, porque algunos son tan buenos o mejores que el promedio de los alumnos de los barrios favorecidos. Esta es la razón, además, por la cual a los docentes a veces les cuesta creerles a los sociólogos, dado que cada clase es al mismo tiempo un promedio y una dispersión en la que se incluyen alumnos buenos y no tan buenos.

Así, a la complejidad de ese cuadro general es preciso añadir otras escalas de medida y otras probabilidades, en el sentido estadístico del término. Con nociones como las de “desafiliación” y “descalificación”, razonamos en términos de trayectorias y riesgos e identificamos así desigualdades más finas que las de clase y posición.

Mientras el régimen de clases se apoyaba en el postulado de una superposición de los deslindes y las brechas (que sigue observándose en la base y la cima de la escala social), el régimen de desigualdades múltiples acentúa la heterogeneidad de las situaciones.[\[19\]](#) O, en todo caso, acentúa la conciencia de esta heterogeneidad. Refuerza lo que la sociología funcionalista designaba como una “incongruencia de estatus”: el hecho de que el mismo individuo (o el mismo grupo) esté situado más o menos arriba o más o menos abajo conforme al criterio de desigualdad elegido, sin que esos criterios coincidan.[\[20\]](#)

Las posiciones en las diversas escalas de desigualdades –ingresos, niveles educativos, modos de vida– ya no coinciden tan necesariamente como podíamos pensarlo en el régimen de clases. La noción de interseccionalidad no dice otra cosa. Según los países, se puede ser mujer, ejecutiva, negra y lesbiana; se puede ser extranjero y pobre, pero reconocido como artista; se puede ser un jefe relativamente rico, pero carente de prestigio y seguridad; se puede ser un campesino privado de acceso a los servicios públicos, pero que disfruta de un ambiente apacible y ecológicamente seguro. Este tipo de situaciones no es la suerte exclusiva de los “transclases”, los bohemios y algunos individuos de trayectoria excepcional.

Por lo demás, persisten desigualdades muy grandes en la esperanza de vida. La brecha es de once años entre una ejecutiva y un obrero, de tres

años entre una ejecutiva y una obrera y de seis años entre un ejecutivo y un obrero. Cuando las cosas se observan con más detalle, se advierte que cada grupo social a priori homogéneo está en realidad surcado por múltiples desigualdades. En “igualdad de todas las demás condiciones”, las mujeres ganan menos que los hombres; se dedican más a las tareas domésticas y padecen tres veces más que los hombres empleos de tiempo parcial. Pero también constituyen el 58% de los estudiantes, viven en promedio seis años más que los hombres, van menos a la cárcel y se matan menos en las rutas. Las desigualdades que sufren las mujeres son indiscutibles y a la vez escasamente homogéneas.

En promedio, los jubilados son más ricos que los activos, pero esto no impide que existan jubilados pobres, los que carecen de patrimonio y tienen una jubilación escasa. Los jóvenes son más pobres y tienen empleos más precarios que los adultos: el 22% está desempleado y el 51% precarizado (contra el 9 y el 10% de las personas de 25 a 49 años), pero también son más jóvenes, tienen mejor salud y más esparcimiento, y a menudo se benefician con transferencias económicas familiares. No todos, desde luego. Lo cierto es que cada conjunto de condiciones sociales puede complejizarse al infinito. Ni siquiera los grupos que parecen más homogéneos tienen una verdadera unidad.

Una de las consecuencias de este *régimen de desigualdades múltiples* es la focalización de las políticas sociales. Sin abandonar el sistema general de protección establecido bajo el régimen de clases, el Estado idea una multitud de políticas y dispositivos específicos que apuntan a desigualdades particulares y problemas sociales singulares. En ese sentido, las políticas escolares van muy lejos, ya que tienen como blanco los barrios pobres, los alumnos migrantes, los que abandonan la escuela o los alumnos con discapacidades. Se apunta también a los niños pobres, como si sus padres no lo fueran. Las políticas de la ciudad ponen la mira en los barrios en función del ingreso de los residentes, sus orígenes, el índice de desempleo, la seguridad o los equipamientos públicos. Las ayudas europeas apuntan a los territorios en función de sus características geográficas. Al combate general contra las “grandes” desigualdades de clase se superpone una serie de operaciones contra las desigualdades singulares.

Si se añaden los dispositivos de lucha contra las discriminaciones, se puede tener la sensación de que las políticas públicas acompañan la multiplicación de las desigualdades, a riesgo de hacer desaparecer la

igualdad misma del horizonte político. Las desigualdades se difractan en una serie de problemas particulares de los que se encargan actores especializados, a riesgo, también en este caso, de acentuar una competencia entre las desigualdades. Los titulares de derechos se multiplican al ritmo de la multiplicación de desigualdades cada vez más singulares. Cómo no ver que los otros se benefician con un dispositivo del que yo estoy privado por ser demasiado joven, demasiado viejo, por no habitar en el barrio adecuado: por no estar en la mira.

La sumatoria de pequeñas desigualdades

La sociología del régimen de clases combinaba una teoría de las clases y una teoría de los estratos, las “capas” dentro de las clases. Con el régimen de desigualdades múltiples, los marcos de la descripción social se empobrecen y enriquecen.

Se empobrecen al utilizar categorías vagas y fluctuantes, al arbitrio de sus usos. Se habla entonces de las clases “altas”, “medias” y “bajas”, sin que sepamos dónde empiezan y dónde terminan. Investigaciones mejor focalizadas han abandonado la clase obrera en beneficio de las “clases populares”, que designan todo lo que no corresponde a las clases “altas”. Se habla también de clases “privilegiadas” y clases “desfavorecidas”. En este caso, las clases “desfavorecidas” o el “pueblo” son todo lo que subsiste una vez que se ha descartado a los más ricos, las élites y los profesionales calificados.

Al mismo tiempo, la investigación sobre las desigualdades se enriqueció y se aclaró de manera considerable gracias al estudio de los grupos singulares y las desigualdades específicas: las mujeres que son jefas de familia monoparental y las mujeres calificadas que chocan con el techo de cristal; los residentes de las urbanizaciones y las zonas periféricas de viviendas unifamiliares; los jóvenes procedentes de la inmigración y los jóvenes migrantes; los ricos de los barrios elegantes y los burgueses bohemios [*bobos*]. La lista se extiende aún más cuando el interés se traslada también a las desigualdades de acceso: a la salud, a la educación, a la cultura, a la influencia, etc.

Muchos investigadores sienten entonces la tentación de especializarse en una desigualdad. Como ninguna teoría general parece estar en condiciones de sintetizar todas esas desigualdades en un mismo marco, cada objeto se constituye como un campo científico alrededor del modelo de los *studies*: genealogía y deconstrucción del objeto, revelación de los procesos sociales en acción y, a veces, tentación de leer toda la vida social a partir de ese punto de vista. En todos los casos, no estamos ante una teoría general que se ocupa de un objeto específico, sino ante estudio de un objeto específico que se amplía hasta intentar convertirse en una teoría general.

El régimen de clases se configuraba con estadísticas relativamente sencillas. Estas incluso lo ratificaban mientras se razonara en torno a los promedios y las dispersiones, en torno a la fuerza de las correspondencias y los coeficientes de correlación, en torno a datos robustos pero poco numerosos, menos ricos que los que hoy en día tenemos a disposición, cuando es poco lo que escapa a la estadística. Los datos se han afinado. Seguimos cohortes, hacemos análisis multiniveles. Y estamos siempre en condiciones de comparar los datos nacionales con los de otros países, gracias al desarrollo del *benchmarking* internacional.

Me bastará con tomar el ejemplo de las estadísticas escolares. Si antes nos limitábamos a poner en relación los orígenes sociales de los alumnos y el nivel de instrucción alcanzado (refrendado en títulos o diplomas), ahora somos capaces de medir los efectos de cada uno de los factores que participan en la producción de ese nivel, gracias a los análisis de regresión y las *odds ratios*. Donde no medíamos más que los efectos del sexo y el origen social en el nivel escolar de los alumnos, y por lo tanto, en lo esencial, un efecto de clase, actualmente podemos ponderar cada uno de los factores que intervienen en la producción de ese nivel: el efecto “profesor”, el efecto “establecimiento educativo”, el efecto “composición de la familia”, el efecto “composición de las clases”, el efecto “aspiración de los padres”, etc. Una vez alcanzada esta instancia, cada uno de esos factores y efectos cumple su papel, el origen social tiene relevancia en solo un 20 o 30% cuando es cuestión de determinar la trayectoria escolar de un alumno.

Las técnicas estadísticas participan en un cambio de visión de las desigualdades. Su precisión permite especificar cada desigualdad y, eventualmente, hacer de ella un problema público que exija una política focalizada. Con más claridad aún, la precisión de las herramientas estadísticas transforma la representación de la génesis de las desigualdades.

Tomemos una vez más el ejemplo de la escuela. Cuando se observa el origen social de los alumnos de las *grandes écoles*,[\[21\]](#) las cosas son claras: con algunas excepciones, todos provienen de medios muy favorecidos. Si nos quedamos ahí, puede pensarse con facilidad que se trata del efecto directo de una estructura de clase, como en la época en que los hijos del pueblo y los de la burguesía no iban a las mismas escuelas: escuela comunal para los primeros, liceos menores para los segundos.

Sin embargo, con la masificación escolar y el colegio único,[\[22\]](#) el proceso de formación de las desigualdades es más un efecto de agregación de pequeñas desigualdades que un efecto de estructura. Imaginemos que la desigualdad inicial sea relativamente moderada: el 80% de los niños socialmente privilegiados pasan con éxito las pruebas de selección, contra un 50% de los niños desfavorecidos. Bastan cinco etapas –tercero, segundo general, especialización del *baccalauréat* y mención, cursos preparatorios, examen de ingreso–[\[23\]](#) para que, de dos cohortes de cien alumnos cada una, estén presentes en las *grandes écoles* alrededor de treinta procedentes de la cohorte privilegiada, contra tres de la cohorte desfavorecida. Al multiplicarse, la pequeña igualdad inicial se convierte en una gran desigualdad.

El efecto que las desigualdades sociales tienen en las desigualdades escolares no ha desaparecido, pero la masificación ha transformado el modo de producción de las desigualdades: la selección ya no se hace con anterioridad a la escuela, sino en el transcurso mismo de los estudios, con un efecto multiplicador de las “pequeñas desigualdades” que borra las desigualdades de clase al diluirlas en las propias trayectorias. Al abrirse, la escuela cambió el modo de producción de las desigualdades. Se entienden mejor las decepciones generadas por la democratización escolar, porque la reducción de las desigualdades iniciales de acceso a los estudios quedó “neutralizada” por el alargamiento de estos y la multiplicación de las pruebas de selección.

Este mecanismo de sumatoria de las desigualdades se despliega en muchos otros dominios, como el de la salud, la carrera de mujeres y hombres, las discriminaciones, el consumo cultural, el capital social, etc. En cada caso, la sumatoria de pequeñas desigualdades definidas en el nivel de los individuos produce grandes desigualdades finales. Por ejemplo, ya no están, por un lado, los individuos que acceden a la atención de la salud y quienes están excluidos de ella, sino individuos que viven mejor o peor,

comen mejor o peor, tienen empleos más o menos agotadores, acceden a una atención de mejor o de peor calidad. En definitiva, todo esto se mide en años de esperanza de vida.

De la misma manera, el hecho de haber heredado un bien, aun modesto, crea desigualdades crecientes al cabo de una trayectoria de vida entre hogares con los mismos salarios: no se paga alquiler, se toman menos préstamos para la compra de la vivienda, se hacen inversiones financieras más rentables que los salarios.[\[24\]](#) Al término de una trayectoria, las pequeñas desigualdades de herencia pueden convertirse en grandes desigualdades de patrimonio. Las desigualdades no solo se multiplican, sino que, dado que suelen ser resultado de la sumatoria de pequeñas desigualdades, acentúan la singularidad de las trayectorias... y los sentimientos de injusticia.

Las ciencias sociales nos enseñan que las desigualdades múltiples resultan de procesos complejos cuya causa inicial puede ser difícil de determinar, salvo que se le atribuya un influjo tal que se convierta en el principio generador de toda la vida social. Ese avance del conocimiento podría plantear un problema político: al diluirse la dominación social en mecanismos impersonales, ¿contra qué y contra quién combatir en nombre de la igualdad?

Micro- y macromovilidad

La tesis de la multiplicación de las desigualdades no es nueva. De los años sesenta a los ochenta, se la asoció a una visión optimista, la de la formación de una vasta clase media apegada a la democracia, las opiniones políticas moderadas, la valorización del mérito y el Estado de bienestar. La reducción de las barreras debía favorecer la movilidad social, porque iba a ser más fácil desplazarse en la escala social. En líneas generales, el régimen de desigualdades múltiples correspondería al modelo de una sociedad abierta y más fluida, sustraída a la reproducción de las desigualdades que caracterizaba el régimen de clases. Con su combinación de la valorización del mérito, la protección de los menos favorecidos y el consenso entrecruzado, la teoría rawlsiana de la justicia corresponde al apogeo de esa vasta clase media.

Nos fue posible creer en ese escenario durante los años de crecimiento, pero, desde hace tres decenios, ya no es así, y las propias clases medias parecen amenazadas.[\[25\]](#) Por un lado, la reducción del crecimiento puso un freno a la movilidad estructural, el deslizamiento de cada categoría social hacia arriba, mientras que los recién llegados, muy en particular los migrantes, ocupaban los últimos lugares. Por otro, la profundización de las desigualdades puso un freno a la movilidad social neta, las oportunidades de un individuo de escapar a su posición social original y el destino colectivo de su clase. Pero esta constatación sigue siendo demasiado simple: es importante distinguir la micromovilidad, los pequeños desplazamientos en la estructura social, y la macromovilidad, los grandes cambios de posición entre las generaciones.

Cuando la movilidad social se mide en una escala fina, cruzando, por ejemplo, las dieciocho categorías socioprofesionales (CSP) del Insee, se desprende la imagen de una gran inestabilidad.[\[26\]](#) De una generación a otra, todo el mundo se mueve... un poco. El índice máximo de reproducción es del 24% para los ejecutivos y del 20% para los obreros, y la mayoría de los individuos no ocupan exactamente la misma posición profesional que su padre. Pero si bien son muchos los que se desplazan, apenas se alejan de las posiciones de sus padres. De hecho, el 40% de esa movilidad es estructural: depende de las transformaciones de los empleos ofrecidos, más que de las trayectorias de los individuos que se apartan de su condición para “caer” o “elevarse”.

La macromovilidad, la movilidad de gran amplitud de las trayectorias individuales hacia abajo o hacia arriba, es claramente más confiable. En efecto, si se agrupan por contigüidad las CSP (reduciendo su cantidad de dieciocho a seis), se impone la imagen de la reproducción de las desigualdades. En su 47%, los altos ejecutivos son hijos de altos ejecutivos y un 47% de los obreros es hijo de obreros. Más aún, quienes cambian de categoría no se alejan mucho de su posición de origen. Si bien relativamente poco desigualitaria, Francia sigue siendo el país de la reproducción social.[\[27\]](#) La correlación entre el ingreso de los padres y el de los hijos ya adultos es de 0,41 en Francia, 0,32 en Alemania y 0,27 en Suecia. Podremos consolarnos si pensamos que esa correlación es del 0,50 en Gran Bretaña y que las sociedades liberales no tienen todas las virtudes que se atribuyen en términos de movilidad social e igualdad de oportunidades. Si se compara el impacto del medio social de origen sobre

los desempeños escolares, se obtienen resultados idénticos. En Francia, el origen social de los alumnos explica el 22% de sus desempeños; en Alemania, ese impacto es del 17%, y en Suecia, del 12%.[\[28\]](#)

En definitiva, en el régimen de desigualdades múltiples, tal como puede observarse en nuestra sociedad, son numerosos los individuos que cambian de posición social de una generación a otra, pero se mueven muy poco. Los cambios de posición de gran amplitud entre las generaciones son mucho más escasos. Esto no deja de generar reacciones ambivalentes. Cabe imaginar que la importancia de la micromovilidad provoca un sentimiento de inestabilidad, una incertidumbre difusa y un temor al desclasamiento. En contraste, la muy débil macromovilidad suscita la impresión de que la sociedad está bloqueada y de que las desigualdades se reproducen de manera inexorable. La constatación de una inestabilidad y una fuerte reproducción puede explicar el miedo al desclasamiento: nada está asegurado, pero nada parece verdaderamente abierto. El régimen de desigualdades múltiples puede, en consecuencia, percibirse como móvil, en el nivel microscópico de los individuos, y rígido, cuando se trata de las grandes desigualdades.

A esas diferencias de escala se agregan procesos paradójicos, como el de la movilidad en una esfera y la inmovilidad en otra. Por ejemplo, debido a la masificación de los títulos educativos superiores, el nivel escolar requerido para las contrataciones laborales aumentó mucho de una generación a otra. Para alcanzar el mismo nivel que sus padres, los jóvenes deben efectuar inversiones escolares más selectivas y prolongadas que las de aquellos. Pero esa movilidad ascendente en el sistema escolar no ha ido acompañada por una movilidad profesional; los jóvenes subieron en el orden escolar, pero no se movieron en el de los empleos. También pueden igualar el nivel escolar de sus padres y descender en el orden de las calificaciones profesionales.[\[29\]](#) Al igual que los criterios de desigualdad, las trayectorias de movilidad parecen cada vez menos homogéneas.

Las desigualdades pueden caracterizarse por su amplitud, su carácter y su régimen. Más que su mero incremento, el paso gradual del régimen de desigualdades de clase al régimen de desigualdades múltiples permite comprender mejor la experiencia de las desigualdades. Múltiples sin ser homogéneas, estas últimas se individualizan, se desplazan de las clases hacia los individuos, los ponen en entredicho a escala personal al separarse

de las categorías colectivas que les daban un sentido compartido. Por ende, esas desigualdades vividas como pruebas personales son más crueles.

Esta evolución no es ni posmoderna ni, desde luego, poscapitalista: prolonga y acentúa los rasgos de la modernidad. Promueve aún más al individuo, su autonomía y su singularidad, como representación de sí. Acompaña la “providencia democrática” que afirma la prioridad de la igualdad. Exacerba el desempeño o el mérito como principios de atribución de estatus. En ese sentido, el régimen de desigualdades múltiples no es una crisis, un mal momento que hay que pasar, sino un rasgo estructural de nuestras sociedades.

-
- [19] Peter Michael Blau, *Inequality and Heterogeneity. A Primitive Theory of Social Structure*, Nueva York, Free Press, 1977.
- [20] Gerhard Lenski, “Status crystallization. A non-vertical dimension of social status”, *American Sociological Review*, 19(4): 405-413, agosto de 1954.
- [21] La expresión *grandes écoles* [grandes escuelas] designa en Francia a un conjunto de establecimientos públicos de educación superior, considerados de excelencia, que seleccionan a sus alumnos mediante un riguroso concurso. Creadas en 1794 bajo la Revolución Francesa, desde su inicio estas escuelas han formado a los altos cargos de la función pública, que dirigen los principales cuerpos del Estado francés. [N. de E.]
- [22] Reforma instituida desde 1975, en especial mediante la reforma Haby de 1977. El objetivo encarado era uniformizar la enseñanza, al reagrupar a todos los alumnos de entre 12 y 15 años de edad en un mismo tipo de establecimiento escolar para dispensarles una enseñanza idéntica, en procura de “democratizar” el acceso a la educación. [N. de E.]
- [23] En el sistema francés, la numeración de los años de secundaria es decreciente, de sexto a primer año. Segundo general es el primer año de los colegios secundarios generales y técnicos. En cuanto a los cursos preparatorios, están pensados para el ingreso a las *grandes écoles*, una vez aprobado el examen de reválida conocido como *baccalauréat*, *bac* o *bachot*. [N. de T.]
- [24] Nicolas Frémeaux, *Les nouveaux héritiers*, París, Seuil, col. “La République des idées”, 2018.
- [25] Louis Chauvel, *Les classes moyennes à la dérive*, París, Seuil, col. “La République des idées”, 2006.
- [26] Cédric Hugrée, “Les sciences sociales face à la mobilité sociale. Les enjeux d’une démesure statistique des déplacements sociaux entre générations”, *Politix*, 114(2): 47-72, 2016.
- [27] Camille Peugny, *Le destin au berceau. Inégalités et reproduction sociale*, París, Seuil, col. “La République des idées”, 2013.
- [28] Datos tomados de *Quelle France dans dix ans?*, France Stratégie, junio de 2014, disponible en www.strategie.gouv.fr/publications/france-10-ans.
- [29] Marie Duru-Bellat, *L’inflation scolaire. Les désillusions de la méritocratie*, París, Seuil, 2006.

3. Experiencias y críticas de las desigualdades

El régimen de desigualdades múltiples individualiza la experiencia de las desigualdades sociales. Enfrentados a varios registros de desigualdades, no siempre convergentes entre sí, los individuos se definen como iguales o desiguales “en calidad de”, en función de los criterios de comparación que obedecen a su situación, su identidad, su trayectoria, el entorno en que viven. Cuanto más se vive como singular la experiencia de las desigualdades, el juego de las comparaciones se establece con quienes están en mayor cercanía. En ese caso, los juicios relativos a las situaciones personales y las grandes desigualdades apenas coinciden. Las desigualdades que afectan a cada individuo y las que caracterizan la sociedad no se ven ni se sienten de la misma manera.

El cambio de régimen de desigualdades está asociado a una mutación de los modelos de justicia. En tanto que las desigualdades de clase llevaban a medir la injusticia social en términos de distancia entre las posiciones sociales, entre los más ricos y los más pobres o entre la patronal y los trabajadores, las desigualdades múltiples se asocian más claramente a la norma de la igualdad de oportunidades meritocrática. Con ello, las discriminaciones se convierten en una de las figuras esenciales de la injusticia, y cada uno puede sentirse más o menos “discriminado”. El ideal de la igualdad de oportunidades toca también al valor de las personas que reclaman un reconocimiento singular, a la vez que se sienten más o menos responsables de su suerte. ¿En qué medida somos responsables de las desigualdades que nos afectan? La economía moral de las injusticias se desplaza entonces hacia los individuos y su responsabilidad.

Por último, el régimen de desigualdades múltiples se asocia a la poliarquía de los principios de justicia, es decir, de los criterios de definición de las injusticias. Con las desigualdades múltiples, esos criterios se manifiestan contradictorios entre sí y terminan por componer una alquimia personal

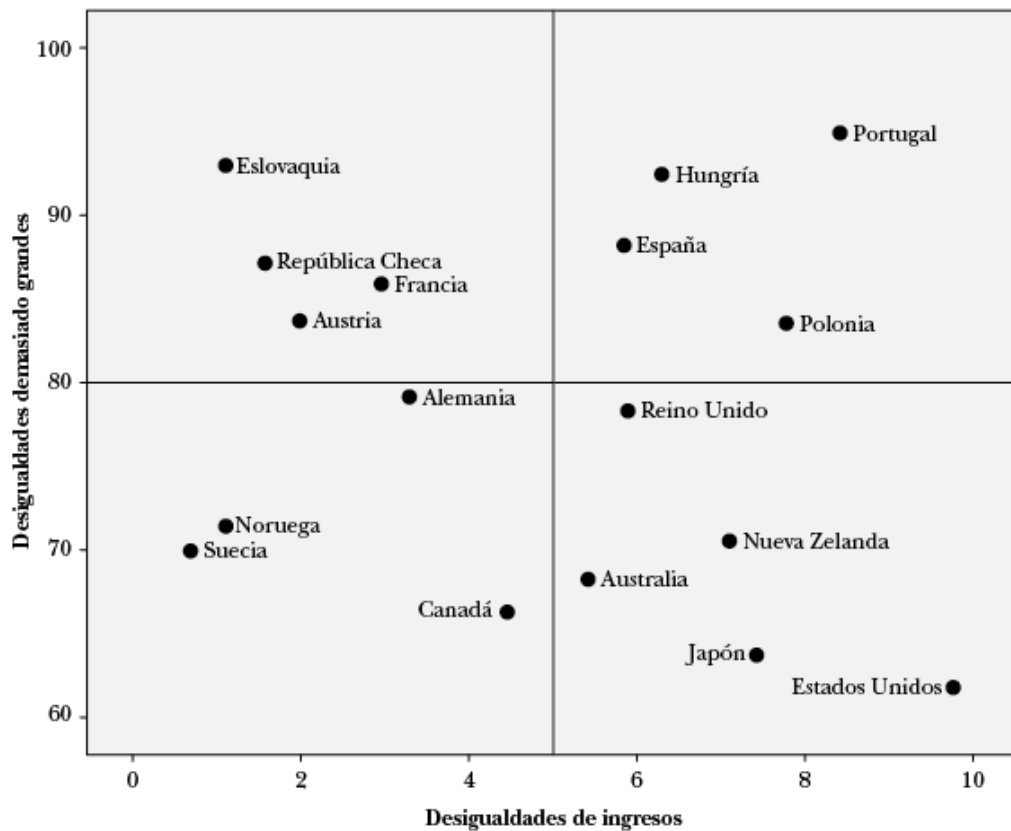
cada vez más desconectada de los grandes marcos sociales que estabilizaban las desigualdades de clase y les daban un sentido compartido.

La individualización de las experiencias

Es importante ante todo recordar que la percepción de las desigualdades sociales es profundamente diferente en las distintas sociedades, no solo entre las sociedades tradicionales y las sociedades democráticas modernas, sino también entre aquellas relativamente próximas desde el punto de vista de la riqueza, las desigualdades y las condiciones políticas. El cruce de las desigualdades de ingresos y de los juicios emitidos sobre ellas en un conjunto de países relativamente comparables lleva a la tabla de la página siguiente.

Si la percepción de las desigualdades fuera puro efecto de la amplitud de las desigualdades de ingresos, los diversos países deberían repartirse a lo largo de una diagonal extendida desde Suecia hasta Portugal. Ahora bien, esta tabla indica que la denuncia de las desigualdades percibidas es independiente de las desigualdades de ingresos medidas. Si bien los Estados Unidos son el país más desigualitario de todos los comparados, sus ciudadanos estiman que las desigualdades de ingresos son menos insoportables de lo que las consideran los suecos y los noruegos, cuyas sociedades son mucho más igualitarias. Los franceses estiman que las desigualdades son intolerables, aunque en esta muestra Francia sea relativamente poco desigualitaria. Desde luego, estas variaciones obedecen a la cultura política y social de cada uno de los países. Los antiguos países comunistas y los países de tradición socialdemócrata toleran menos las desigualdades que los países de tradición más liberal.

Desigualdades percibidas como demasiado grandes y desigualdades de ingresos[\[30\]](#)



Pero podrían intervenir otros factores. Por ejemplo, las sociedades en las cuales se piensa en general que el mérito de los individuos es recompensado aceptan mejor las desigualdades que los países que no creen tanto en eso. [31] Las cosas, sin embargo, no son tan simples, porque la fe en el mérito es una creencia más que un hecho. En efecto, los países cuyos ciudadanos piensan que el mérito tiene su recompensa no siempre son los que tienen la movilidad social más fuerte. De cualquier modo, la percepción de las desigualdades y los modelos de justicia que les dan sentido no reflejan la amplitud de las desigualdades. La experiencia de estas no es, en consecuencia, el producto exclusivo de su amplitud. De conformidad con los análisis de Esping-Andersen, cada sociedad elabora una filosofía de la justicia social que funciona como una clave general de interpretación de las desigualdades y las injusticias.

Cuando se pasa de las sociedades a los individuos, la distancia entre las desigualdades objetivas y su percepción es igual de clara. En Francia, si bien el 80% de los individuos consideran que las desigualdades son demasiado grandes, al mismo tiempo subestiman la amplitud de las

desigualdades medidas.[32] En un comienzo, las desigualdades de ingresos son claramente más visibles que las desigualdades de patrimonio, pese a que estas son más significativas. Dicha distorsión no carece de consecuencias: si bien la mayoría de los franceses estiman que hay que reducir las desigualdades, el 87% de ellos está a favor de la disminución de tasas sucesorias, lo cual incrementaría de manera notoria las desigualdades. [33] La percepción de estas también se caracteriza por un efecto de atenuación: los pobres ven a los ricos menos ricos de lo que son, y los ricos ven a los pobres menos pobres de lo que son, mientras que el 60% de los franceses se sitúan por sí mismos en la clase media.

Estos juicios son en gran medida consensuales y, por lo tanto, relativamente independientes de la posición social de los individuos. Hay asimismo cierta distancia entre los juicios referidos a la situación personal y los emitidos sobre la sociedad. La situación personal parece bastante mejor que la de la sociedad en su conjunto. Por ejemplo, los jóvenes más críticos de las desigualdades sociales son en general más privilegiados que los jóvenes que son víctimas de esas desigualdades, y sin embargo menos críticos. Con eso, desdicha y dicha públicas y privadas no van a la par.

Las mujeres y los hombres no son sensibles a las mismas desigualdades: las mujeres perciben más las desigualdades de salud y educación, las que son del tenor del *care*, mientras que los hombres son más sensibles a las desigualdades económicas. Pero todas estas variaciones son relativamente débiles. Las diferencias más decisivas obedecen a las orientaciones políticas de los individuos más que a su posición social. Los votantes de izquierda denuncian las desigualdades con más ganas que los de derecha, pero los votantes de extrema derecha las critican aún más. Los votantes de izquierda denuncian a los ricos, en tanto que los de derecha denuncian más a los pobres y a quienes “abusan” del Estado de bienestar.

A escala de los individuos tanto como de las sociedades, la percepción de las desigualdades está más determinada por marcos morales y representaciones que por condiciones objetivas definidas en términos de desigualdades de clase. Por eso, hace falta interesarse en las experiencias sociales, las maneras en que se elaboran y “funcionan”, porque no son el producto inmediato de las posiciones sociales identificadas por las encuestas cuantitativas.

Desiguales “en calidad de”

En el régimen de desigualdades múltiples, los individuos se definen como más o menos iguales o desiguales “en calidad de”. Cuando las clases sociales ya no conglomeran las desigualdades en condiciones de vida comunes y relativamente homogéneas, los individuos multiplican los criterios de juicio y desglosan su situación en varias dimensiones, en función de las cuales se perciben como más o menos desfavorecidos.

Las encuestas sobre la satisfacción en el trabajo lo muestran en abundancia.^[34] Salvo por una parte (no desdeñable) de los empleos mal pagos, penosos y desvalorizados, es muy inusual que los individuos emitan juicios homogéneos sobre su trabajo. “Mi trabajo no está muy bien pago, pero es interesante y los horarios son compatibles con mi vida personal”. “Es interesante, pero estresante y cansador, sin contar con que afecta mi vida personal”. “No es interesante, pero gano bastante bien cuando me comparo con otros, sobre todo con los que no tienen trabajo”. “Mi trabajo me apasiona, pero es inestable y precario”. “Al contrario, es rutinario pero tranquilizador y resguardado”.

Todos estos juicios dependen del trabajo, por supuesto, pero también de las condiciones de vida, los desplazamientos, la actividad del cónyuge, los títulos educativos, la atmósfera de la empresa, los sistemas más o menos “indulgentes” que permiten modificaciones.^[35] Por lo general, los individuos hacen la suma de esas evaluaciones y coinciden en un “modesto” promedio, una solución de compromiso de la que nunca se sabe si es una forma de sabiduría o una adaptación forzada, o hasta un renunciamento. De cualquier modo, rara vez se está en lo más alto o lo más bajo de los criterios de evaluación de las desigualdades en el trabajo.

Cuando nos alejamos del trabajo, aparecen otros criterios de intervención. Por ejemplo, en una encuesta realizada en el sudoeste de Francia, muchos trabajadores consideraban que era una importante ventaja vivir cerca de los amigos, la familia, la naturaleza y los esparcimientos que esta trae aparejados, y que todo eso compensaba en parte los bajos salarios y la falta de ascensos.^[36] Había mujeres que juzgaban aceptable su trabajo porque era compatible con sus obligaciones familiares, mientras que otras vivían estas obligaciones domésticas como desigualdades e injusticias. En cambio, aquellas muy comprometidas con su vida profesional sentían una gran desigualdad en su calidad de mujeres respecto de los ascensos y las

responsabilidades. El hecho de que la igualdad creciente de las mujeres no haya abolido las barreras de género entre los “oficios de hombres” y los “oficios de mujeres” no hace sino avivar aún más ese sentimiento de injusticia. Recordemos que solo el 20% de las actividades profesionales pueden considerarse mixtas, es decir, ejercidas por una proporción que va del 40 al 60% de hombres o mujeres.[\[37\]](#)

De igual modo, si bien todos los miembros de las minorías visibles conocen el riesgo de ser discriminados, de tropezar con el racismo y chocar contra puertas cerradas, no a todos les sucede de la misma forma ni ocupan los mismos empleos “en calidad de” minorías. Con excepción de la experiencia “total” de los jóvenes de los barrios, constituidos como enclaves étnicos y sociales, el origen añade un registro de evaluación de las desigualdades que se conjuga con otros criterios: el título educativo, el lugar de residencia, la trayectoria, el empleo, etc. Así, si uno es desigual en calidad de inmigrante o persona procedente de la inmigración, no es “totalmente desigual” en todas partes y siempre. Las identidades se enturbian en el momento en que cada uno parece ser sensible y aferrarse a ellas más que nunca, quizá porque nunca han sido tan inestables.

El sexo, los ingresos, las calificaciones, los títulos educativos, el estatus del empleo, el lugar de residencia, las edades y las generaciones tienen un papel en las desigualdades “en calidad de”. Las personas de entre 50 y 59 años se inquietan mucho más que los jóvenes frente al desempleo. Ahora bien, esta franja etaria se ve menos afectada por él que los jóvenes, pero sabe que tendrá más dificultades para encontrar un empleo. En este caso, la desigualdad recae en los riesgos incurridos más que en las condiciones sociales. Además, la comparación entre las generaciones es más contrastada de lo que se cree. Si la generación del *baby boom* disfrutó del pleno empleo y el crecimiento, su juventud fue más pobre que la juventud de hoy: el consumo de los franceses nacidos en 1946 fue un 40% más alto que el de los franceses nacidos en 1926, pero también un 40% más bajo que el de los franceses nacidos en 1976.[\[38\]](#)

Por consiguiente, todo depende de los criterios de comparación elegidos. Los viejos tienen razón al pensar que vivieron peor que los jóvenes, quienes tienen razón al pensar que están expuestos a más riesgos que sus mayores. Y aun así, no todos, ya que los individuos que razonan “en calidad de” miembros de una generación ignoran las significativas diferencias entre los ricos, los no tan ricos y los pobres.

“En calidad de” soltero, casado, divorciado, solo o en pareja, las desigualdades no son las mismas. La soledad las acentúa de modo considerable. Habida cuenta de que la pobreza se define como la percepción de un 60% del ingreso medio, entre los pobres se incluyen personas sin techo aisladas y familias con dos hijos cuyos ingresos mensuales no superan los 2500 euros.[\[39\]](#) Cuando las historias de vida están menos “programadas” que épocas pasadas, los accidentes, las enfermedades y los reveses de la fortuna terminan por desempeñar un papel importante, aunque este quede relativamente borrado por las regularidades estadísticas. Por eso los puntos de vista singulares siempre se diferencian de las medidas objetivas de las desigualdades. Por ejemplo, si bien la homogeneidad social de las parejas persiste en las élites, cuyos miembros siempre se casan con gente como ellos, en otros ámbitos la endogamia se redujo: las parejas son un poco menos homogéneas desde el punto de vista de los orígenes sociales, los títulos educativos y la actividad.[\[40\]](#)

Entonces, el “en calidad de” evalúa igualmente la situación de la pareja y la estabilidad amorosa. Un obrero metalúrgico casado con una empleada de la Caja de Asignaciones Familiares dice vivir como las clases medias, pero, en caso de separación, los exesposos quedarán debajo del umbral de la pobreza: necesitarán dos autos, dos departamentos, dos estadías de vacaciones, etc. En líneas generales, el costo de vida es más elevado para los pobres, porque tienen menos elección, viven más a crédito y sus créditos son más costosos.

En definitiva, cuando se adopta el punto de vista de los individuos, las desigualdades “en calidad de” se multiplican y singularizan los autopoicionamientos, las experiencias y las definiciones de sí, más allá de las grandes categorías de desigualdades. Siempre se puede razonar sobre la base de los vastos conjuntos que son las clases medias y las clases populares, a condición de saber que son conjuntos vagos, en cuyo interior cada uno recompone su propia definición de sí y de las desigualdades.

Compararse con quienes están más cerca

Iguales y desiguales “en calidad de”, los individuos sienten la tentación de compararse con quienes están más cerca de ellos. Junto con las

comparaciones con los hiperricos y los más pobres, se despliegan las comparaciones con los próximos. Como lo había anticipado Tocqueville al observar la democracia americana, la abolición de las barreras de clase incrementa la frustración relativa en universos sociales dominados por comparaciones finas y a menudo obsesivas, dado que hay que evaluar una posición que ya no se adquiere de una vez y para siempre.

Dentro de los barrios populares a priori más homogéneos, como complemento de la comparación entre “nosotros”, los residentes del barrio, y “ellos”, quienes no lo son, aparecen comparaciones internas e igualmente pertinentes entre los edificios y los distintos pisos, entre los grupos procedentes de las diversas inmigraciones, entre los asalariados y los “casos en situación de vulnerabilidad” situados en lo más bajo de la jerarquía de las reputaciones.[\[41\]](#) Esas comparaciones internas y los juegos de diferenciación que suscitan explican sin duda por qué a los barrios les cuesta tanto movilizarse y hacerse oír de manera colectiva.

Es cierto que esas comparaciones también fundan el mecanismo central del consumo de masas, en el cual las pequeñas diferencias se exageran subjetivamente. Basta con mirar a los alumnos secundarios para darse cuenta. En principio, todos se visten de la misma manera. Sin embargo, cuando se los interroga sobre esa homogeneidad y ese conformismo, en general los alumnos se sorprenden y ponen de manifiesto diferencias y desigualdades sutiles, pero decisivas a sus ojos. Dichas diferencias y desigualdades se refieren a las marcas de la ropa y el calzado, teléfonos celulares y mochilas, que terminan por crear distinciones determinantes entre los “burguesotes” y una decena de otros grupos. Cuando se agregan a esas distinciones de estilo las desigualdades entre las clases buenas y no tan buenas, y entre las especializaciones y los establecimientos, sin olvidar las desigualdades de desempeño entre los alumnos, las “pequeñas desigualdades” internas del mundo escolar se viven como mucho más decisivas que las más grandes desigualdades sociales.

El juego de las comparaciones con quienes son más cercanos se acentúa en gran medida debido al estallido de los colectivos, empezando por los de trabajo. En una empresa, sea pública o privada, el mismo trabajo puede estar a cargo de asalariados con estatus diferentes. Estos pueden tener contratos de duración indeterminada, contratos de duración determinada, ser empleados temporarios o interinos; pueden ser cuentapropistas con una sola empresa como cliente, como sucede con los repartidores de pizza.

Todos tienen salarios y regímenes de jubilación y protección diferentes. En última instancia, todos se comparan y pueden sentirse “privilegiados” o “maltratados”, aunque realicen el mismo trabajo.

En los universos profesionales más homogéneos, el juego de las comparaciones y las frustraciones relativas no desaparece. No es infrecuente que los médicos se comparen menos con las demás profesiones que entre sí, en función de su especialidad, su lugar de ejercicio, las obligaciones relacionadas con las guardias, etc. La conciencia de una desigualdad colectiva es aún más frágil en el curso de la vida cotidiana debido a que las desigualdades incumben a bienes exclusivos, es decir, bienes cuyo valor depende del de otros: el valor de mi título educativo y el de mi salario dependen del valor de los otros títulos educativos y de los otros salarios. Esto puede llevar a ser más sensible a la preservación de las diferencias que a su reducción, ya que cada cual está interesado en defender su posición relativa.

Indudablemente, la frustración individual relativa es una experiencia banal, pero no se transforma con facilidad en experiencia y acciones colectivas. En efecto, para que las frustraciones se sumen es necesario que sentimientos comunitarios fundados sobre intereses comunes e identidades compartidas superen la atomización de esas frustraciones.^[42] Es lo que hasta no hace mucho se llamaba “conciencia de clase”, que era mucho más que la suma de las frustraciones personales. También es importante que las desigualdades sufridas se perciban como injustas a los ojos de todos, para que tengan un alcance general y den lugar a una participación en los movimientos sociales que inscriben desigualdades singulares en un marco colectivo. Ahora bien, las desigualdades “en calidad de” y las comparaciones con los más cercanos no se ajustan bien a los modelos de justicia homogéneos. La individualización de las desigualdades puede multiplicar las luchas, pero no, desde luego, inducir su convergencia.

La extensión del reino de las discriminaciones

La individualización de las desigualdades está asociada al reino de la igualdad de oportunidades, que se convierte poco a poco en el modelo cardinal de la justicia social. Cuando se considera que cada uno debe tener

las mismas oportunidades que los demás de alcanzar todas las posiciones sociales en función de su mérito, la percepción singular de las desigualdades “en calidad de” tiende a ser más aguda. Mientras el modelo de la reducción de las desigualdades entre las posiciones sociales estaba destinado a las clases sociales, la igualdad de oportunidades se destina a individuos que pueden sentirse más o menos discriminados, tratados de manera inequitativa en función de sus posibilidades, sus trayectorias y de lo que son, y no en función de su lugar en la división del trabajo.

De manera paradójica, el sentimiento de discriminación es aún más intenso ya que los individuos se perciben como fundamentalmente iguales y con *derecho a ser iguales*. La discriminación se define por la distancia entre el trato que se reserva a un individuo y el que este podría pretender en nombre de su igualdad. Solo sobre la base de una igualdad de principio alguien puede ser discriminado y, desde ese punto de vista, el crecimiento del tema de las discriminaciones es una de las consecuencias del progreso de la igualdad. No pocas de las desigualdades que se percibían como cabalmente sociales se viven ahora como discriminaciones injustas por naturaleza.

En una investigación referida a la experiencia de las discriminaciones, observamos que los individuos que se autocalificaban de inmigrantes, es decir, de extranjeros y, por lo tanto, no en todo iguales a los franceses, se sentían menos discriminados que sus hijos, franceses, nacidos y escolarizados en Francia, cuando estos últimos eran objetivamente menos discriminados que sus padres en el pasado.[\[43\]](#) De la misma manera, incluso si la proporción de mujeres entre los ejecutivos pasó del 20 al 40% entre 1982 y 2012, no puede decirse que el sentimiento de discriminación experimentado por las mujeres haya disminuido. ¡Al contrario! Al definirse como iguales a todos, se sienten aún más discriminadas (o discriminables).

Desde un punto de vista estadístico, las discriminaciones son las desigualdades que subsisten “en igualdad de todas las demás condiciones”, una vez neutralizadas las desigualdades sociales. Aunque las desigualdades de salario entre las mujeres y los hombres sean del rango del 19%, tras la eliminación de los efectos de las calificaciones, las posiciones jerárquicas y los empleos de tiempo parcial, la parte “no explicada” de esas desigualdades salariales sigue siendo de alrededor de un 10%.[\[44\]](#) Las desigualdades de posición explican la mitad de las desigualdades, y las discriminaciones, la otra mitad.

Eso es también lo que muestran las encuestas de *testing*, que consisten en enviar a los empleadores carpetas de antecedentes similares donde lo único que varía es el sexo o el nombre de pila. Esas encuestas demuestran que, a igual calificación, persisten desigualdades de discriminación: un nombre de pila magrebí reduce cuatro veces la posibilidad de obtener una entrevista de trabajo. En ese caso, las desigualdades sociales están menos en entredicho que las desigualdades de trato sobre la base de una igualdad social: los mismos títulos educativos para el acceso al empleo, los mismos ingresos para el acceso a la vivienda. Por eso, no es sorprendente observar que el sentimiento de discriminación aumenta con el nivel de calificación: cuanto más igual a los otros soy en otras facetas, mayor es el carácter de discriminación de las desigualdades que persisten.[\[45\]](#)

Parece evidente la necesidad de distinguir las desigualdades sociales, que obedecen a las posiciones y a los recursos de los individuos, y las discriminaciones, que obedecen a un trato inequitativo en función de una identidad real o supuesta. Sin embargo, esta distinción parece ser cada vez menos firme, y no pocas de las desigualdades sociales se perciben ahora como discriminaciones que afectan a los individuos. Lo que se veía como una desigualdad social en el régimen de clases se ve como una discriminación en el régimen de desigualdades múltiples.

Cuando en 2004 se creó la Halde (Haute Autorité de Lutte contre les Discriminations et pour l'Égalité [Alta Autoridad de Lucha contra las Discriminaciones y por la Igualdad]), este organismo solo tomaba en cuenta cinco criterios de discriminación: los orígenes (la “raza”), el sexo, la sexualidad, las discapacidades y las opiniones políticas o religiosas. Ahora, el Defensor de los Derechos incluye no menos de veinte criterios, muchos de los cuales corresponden a lo que se llamaba “desigualdades sociales”: la edad, el estado de salud, el origen social, el lugar de residencia, etc. En síntesis, todos los atributos a partir de los cuales se puede considerar desigual a una persona.

Sin lugar a dudas, esto no es discutible, porque esas desigualdades son injustas. Pero el deslizamiento de las desigualdades de posición social hacia las *características singulares de los individuos* muestra que las desigualdades sociales se definen y se viven gradualmente como discriminaciones que exigen una sanción jurídica y dispositivos específicos, mucho más que una política global centrada en su reducción. En ese ámbito, el derecho sigue a las costumbres: si las desigualdades sociales se

piensan como pruebas colectivas, las discriminaciones son pruebas singulares vividas por personas singulares y que combinan varios atributos capaces de ser criterios de discriminación.

En la encuesta sobre la experiencia de las discriminaciones antes mencionada, los individuos en cuestión se preguntaban “¿por qué yo?”: ¿por qué me pasa esto? Y lo hacían aún más en la medida en que las discriminaciones ponen menos en entredicho las desigualdades sociales colectivas, las posiciones estructurales, que las miradas, las actitudes, las palabras, las evitaciones, las interacciones cotidianas en sí mismas singulares. Donde antaño se veían relaciones sociales y desigualdades de posición, se percibe ahora una cadena de interacciones. Interacciones sin fin: como dicen las personas a quienes conocimos, los discriminados pueden a su vez discriminar.

La igualdad de oportunidades no solo es un modelo de justicia cuyo principio es indiscutible: también es una visión de la vida social. Apunta menos a reducir las desigualdades sociales que a producir “desigualdades justas”, por proceder de una competencia meritocrática perfectamente equitativa. Además, los teóricos más radicales de ese modelo de justicia, como Thomas Paine, exigían la abolición de la herencia a fin de establecer una igualdad de oportunidades inicial. Dentro de ese marco, las discriminaciones son la figura central de la injusticia, porque asignan “desde el comienzo” identidades estigmatizadas a los individuos. Cosa tanto más intolerable cuanto que el sujeto de esta concepción de la justicia es un individuo libre, igual y responsable, capaz de hacer valer su mérito y su valor.

En el núcleo de esta concepción de la justicia, los actores se enfrentan pues a una doble prueba. Por un lado, para conquistar una desigualdad justa, se los tiene por responsables de su mérito, tanto de sus éxitos como de sus fracasos. Por otro, contra las discriminaciones que les asignan una identidad supuestamente degradante, deben exigir el reconocimiento de su igualdad y su singularidad, a despecho de las diferencias que se les imponen. En todos los casos, esas desigualdades se viven como heridas personales, porque las discriminaciones generan encierros en estereotipos. Uno tiene la sensación de no ser considerado jamás por lo que es “verdaderamente”. Se convierte en un judío, un árabe, una mujer o un homosexual, cuando en un principio era Daniel, Ahmed, Marie o Julien.

El desprecio y el respeto

Vergüenza, humillación, ira, resignación: no se puede describir toda la gama de los sentimientos provocados por las desigualdades, pero sí mencionar las emociones que caracterizan su individualización. La primera de ellas es la omnipresencia del sentimiento de desprecio, la impresión de ser invisible o no ser visto por lo que uno es.[\[46\]](#)

Las “pequeñas” desigualdades se revelan en las palabras, los gestos y las miradas; ponen en entredicho la dignidad y el valor de las personas. Es el desprecio de los “grandes”, el presidente de la República y los políticos, el de los medios, los intelectuales y los *bobos*, el de todos los que al parecer desprecian a las personas comunes y corrientes y las encierran en clichés degradantes.

Pero el desprecio funciona como una cadena en la cual cada uno puede, por turnos, ser despreciado y despreciar. Es el desprecio de las oficinas públicas, cuyos usuarios tienen la sensación de ser juzgados, mientras que los agentes que atienden en las ventanillas se sienten despreciados por los usuarios o por sus superiores jerárquicos. Los policías desprecian a los jóvenes (lo cual es verdad, si damos crédito a las estadísticas de los controles de identidad), pero ellos mismos se sienten despreciados por los jóvenes y por la opinión pública. Los docentes despreciarían a algunos alumnos, pero se sienten despreciados por el personal directivo y por los padres.

Más que la explotación y las desigualdades sociales propiamente dichas, el desprecio es una suerte de medida general del sentimiento de injusticia. En ese ámbito, las desigualdades culturales, las desigualdades del honor y la dignidad son más sensibles que las meras desigualdades económicas. Lo cierto es que la percepción de las desigualdades en términos de discriminación afecta el valor singular de los individuos. Ese desprecio puede ser aún más hiriente porque los individuos se ven en dificultades para resistirse a él, cuando no pueden apoyarse en una cultura de clase, en el orgullo por sus orígenes o en un orgullo profesional. La violencia del desprecio es aún más grande porque cada cual puede sentirse solo y desposeído, reducido a su “cara” y su superficie. Al no poder movilizar una imagen positiva de sí mismo y del colectivo al que se dirige el desprecio, el sentimiento de ser despreciado se mezcla con la vergüenza.[\[47\]](#) Por eso, quienes se sienten más despreciados vuelven su desprecio contra los que los

desprecian; hipertrofian su orgullo, su fuerza, su sentido del honor. En el caso de los varones de los barrios problemáticos, la agresividad de las interacciones, incluso entre ellos, es una manera de “salvar la reputación”, aun antes de que sea despreciada.

Contra el desprecio, el respeto se convierte en el valor central. No se trata solo del respeto debido al rango, la clase o la profesión, ni del respeto tradicional de los códigos de honor. Los actores apelan al respeto democrático debido a cada quien en nombre de su singularidad y su igualdad. Mientras que el respeto del honor demanda el mantenimiento de ciertas desigualdades, el respeto democrático afirma la igualdad de cada cual más allá de las desigualdades sociales. Está muy presente, por ejemplo, en los empleos de servicios en que los asalariados quieren prestar un servicio, pero se niegan a que los traten como “servidores”. Ese respeto exige un alto nivel de civilidad, porque invita a tratar a cada uno como un igual... a pesar de las desigualdades.[\[48\]](#)

Frente al desprecio, los individuos sienten la tentación de considerarse víctimas. Pero la posición de víctima no carece de ambivalencias. Por un lado, cualquiera puede hacer valer su estatus de víctima “en calidad de”. Al extender el ámbito del trauma sufrido y ampliar el registro de la violencia simbólica a todas las interacciones, cada cual puede interpretar las desigualdades sociales en términos de discriminaciones y heridas personales. Heridas de las que cada cual, como es obvio, es la única medida. Se extiende entonces el campo de la “victimología” y la competencia de las víctimas, ya que cada uno tiene interés en ser “más víctima” que los otros. Ante los magistrados y los abogados, se habla menos de las normas y las leyes que de los sufrimientos padecidos, que serían entonces la escala de gravedad de los perjuicios sufridos.[\[49\]](#)

Por otro lado, en nombre de la igual responsabilidad de los individuos, el estatus de víctima no es tan fácil de asumir. Existe ante todo el riesgo de exponerse como víctima y estar obligado a aportar la prueba de ello frente a los compañeros de trabajo, los empleadores o, en ciertos casos, la justicia. Los individuos quedan encerrados en una experiencia paradójica. Saben que son víctimas de una injusticia y a la vez no están seguros de que pueda probarse que lo son. ¿Me negaron ese empleo o ese departamento porque soy lo que soy o por cualquier otro motivo relacionado con mi valor o mis competencias? Es difícil saberlo, y casi todos se niegan a convertirse en “paranoicos”, encerrarse en el estatus de víctima y las atribuciones que

implica: porque yo “solo” soy una mujer, “solo” soy un pobre, “solo” soy un minoritario, etc. Además, no tengo necesariamente ganas de identificarme con el colectivo al que me liga la queja.

En efecto, la posición de víctima se percibe como un renunciamiento a la propia dignidad y a la propia capacidad de acción. Al asumir el estatus de víctima, considero que ya no soy el dueño de mi vida. No es raro, en consecuencia, escuchar decir que los otros son víctimas, lo cual prueba la existencia de las discriminaciones, pero que yo no lo soy, lo cual confirma mi singularidad y mi responsabilidad. Más vale escoger nuestro destino que parecer sufrirlo. La igualdad de oportunidades se basa en una obligación de participar en la competencia; la retirada es una forma de derrota y abandono.

Esto se ve con claridad en la escuela, donde no solo existe el derecho sino también el deber de tener éxito, a riesgo, de lo contrario, de pasar por estúpido o incapaz. La escuela ya no hace lugar a los vagos indiferentes que esperaban apaciblemente el final de la escolaridad. Los alumnos más flojos, a menudo víctimas de las mayores desigualdades sociales, se ven forzados, sea a sufrir vergüenza y humillación, sea a presentar sus fracasos como elecciones. Para salvar la reputación y la autoestima, deben hacer como si hubieran decidido no participar en el juego y se resistieran a un sistema. También deben denunciar a los “payasos”, sus compañeros cuyo éxito podría signar su propio fracaso. En consecuencia, les resulta imposible presentarse como víctimas de las desigualdades escolares si quieren respetarse y conservar el respeto de los otros. La atribución de su fracaso a otros o al sistema escolar sería una forma de abdicación. La tensión es tan fuerte que a veces solo se resuelve por la violencia infrapolítica, con la delincuencia o el incendio de escuelas y bibliotecas.[\[50\]](#)

En un mercado laboral tenso, aun las víctimas de las desigualdades suelen percibir como una abdicación la adopción del estatus de víctima. Como hay que volver a pasar por las pruebas, lo importante es mantener un principio de esperanza: ¡todo terminará por funcionar! Como en el deporte, hay que creer que se puede ganar el partido, aun después de una larga serie de derrotas.

Los reconocimientos y las justicias

Desde el punto de vista político, las desigualdades solo tienen sentido en la medida en que se las considere justas o injustas, a fin de defenderlas o combatirlas. En todos los casos, debe justificárselas. Si bien es difícil decir cómo serían un mundo y unas desigualdades justas, cada uno de nosotros es capaz de mencionar las desigualdades injustas y, sobre todo, decir por qué lo son. Este análisis supone que movilizemos principios de justicia, principios compartidos y capaces de convencer a los otros de la justicia o la injusticia de una desigualdad.[\[51\]](#)

La experiencia de las desigualdades es una experiencia moral. Más allá de la multiplicación y la individualización de las injusticias, es importante saber si el marco de esa experiencia es lo bastante homogéneo para superar la fragmentación y la singularidad de las experiencias. Al parecer, si bien los actores coinciden en los principios de justicia comunes, las maneras en que los articulan y los combinan no constituyen un marco homogéneo, capaz de superar la atomización de las experiencias vividas.

En paralelo con el tema del desprecio, hoy en día las desigualdades se denuncian como una falta de reconocimiento: “No soy reconocido”. Esta fórmula sugiere que las desigualdades se viven como una prueba subjetiva, una puesta en entredicho de mi propio valor. Sin embargo, en su uso corriente, la noción de reconocimiento engloba varias figuras de las desigualdades y las injusticias. No soy reconocido porque mi salario es demasiado bajo en comparación con el trabajo que hago. Pero tampoco soy reconocido cuando mi identidad sexual o cultural es negada o despreciada. No soy reconocido cuando se ignoran mi mérito, mi esfuerzo y mis talentos. No soy reconocido cuando no se respeta mi igualdad fundamental, cuando se me ignora o no se me respeta. No soy reconocido cuando se ignoran mis quejas y mis problemas, cuando soy inaudible e invisible, etc.

Todas estas modalidades de la falta de reconocimiento difieren profundamente en cuanto a carácter, porque remiten a principios de justicia distintos. Como proponen Nancy Fraser y Alex Honneth, es posible ver con mayor claridad si se distinguen el dominio del reconocimiento y el de la justicia social.[\[52\]](#) El reconocimiento concierne a los problemas de identidad, de género, de multiculturalismo o de dignidad, mientras que la justicia social se reserva al dominio de la redistribución y las desigualdades sociales. Si esta distinción permite aislar a familias de problemas, no es del todo satisfactoria cuando nos situamos en el punto de vista de los actores, para quienes los dos tipos de problemas se mezclan.

El reconocimiento cultural no escapa a un imperativo de justificación, porque se debe resolver con claridad entre lo que puede ser reconocido y lo que no puede serlo. Por supuesto, algunas ideologías o prácticas que ponen en entredicho la libertad, la igualdad y la dignidad no pueden reconocerse, porque atentan contra las concepciones compartidas de la justicia. El problema del reconocimiento, por lo tanto, no es solo el del reconocimiento *de quién*; es también el del reconocimiento *de qué*.

¿Qué es justo o injusto reconocer? Detrás de la polisemia de la reivindicación se plantea una exigencia de justicia. Ahora bien, los principios que fundan la justicia social pueden parecer contradictorios desde la perspectiva de los individuos.

Los criterios de justicia

Si damos crédito a las encuestas relativas al sentimiento de injusticia, más allá de la individualización de la experiencia de las desigualdades, los actores sociales movilizan criterios de justicia comunes. Cuando se pregunta a los individuos por qué son injustas las desigualdades que sufren, sus argumentaciones se organizan en torno a tres principios.

El primero es el de *igualdad*. Son injustas las situaciones y las conductas que ponen en cuestionamiento la igualdad fundamental de los individuos. Debemos ser tratados como iguales pese a las desigualdades sociales, y estas son insoportables cuando amenazan una humanidad común. Por eso, las desigualdades excesivas son intolerables. En la mayoría de las encuestas, como en los sondeos de opinión, todos rechazan la hiperriqueza y la gran pobreza que llevan a los individuos a no vivir en la misma sociedad. Sin embargo, el principio de igualdad es más complicado de lo que parece, en especial cuando los individuos se preguntan dónde están las fronteras de la igualdad: no siempre es evidente que quienes no son nacionales pertenecen al círculo de la igualdad.

El segundo principio de justicia es el del *mérito*, que supuestamente produce desigualdades justificables en función de los esfuerzos, los talentos y la utilidad de cada uno. Es justo recompensar a quienes lo merecen; de igual manera, se denuncian las prebendas, las posiciones de ventaja y los privilegios. Pero, también en este caso, el acuerdo sobre el principio oculta

los conflictos de definición del mérito mismo. ¿Se trata de recompensar el esfuerzo o el talento? En este último caso, ¿el talento es un mérito o una suerte debida a la casualidad? ¿El mérito escolar debe imponerse al mérito profesional, o a la inversa? El valor del mérito depende de sus ámbitos de realización: es menos discutido entre los deportistas, los cantantes y los actores que entre los dirigentes económicos y los dirigentes políticos. Todo sucede como si el mérito de los primeros fuera resplandeciente y el de los segundos, sospechoso.

Por último, los individuos apelan a un tercer principio, la *autonomía*. Las desigualdades no deben asociarse a una dominación “excesiva”; no deben poner trabas a la autonomía ni a la creatividad de los individuos, en particular las de los trabajadores. Debe reconocerse a cada cual como un sujeto capaz de actuar por propia iniciativa. En este caso interviene un principio que es del tenor de la ética antes que de la justicia propiamente dicha, aunque Amartya Sen haga de él el principio básico de la justicia, con su “enfoque de las capacidades”. Más aún que los dos anteriores, este principio de justicia plantea problemas de definición desde el punto de vista de los actores, porque pone en juego concepciones de la vida buena sobre las cuales el acuerdo es difícil y hasta imposible.

Un acuerdo global sobre los principios de justicia no solo no anula los desafíos de su definición, sino que los propios actores –que se refieren a esos tres principios– suelen considerarlos antagónicos. En efecto, todos saben que la adhesión simultánea a la igualdad y al mérito es contradictoria, porque la plena expansión del mérito destruye la igualdad. Se critica entonces al neoliberalismo, el *neomanagement* y la obsesión por el éxito como vectores de la desigualdad social. Pero, desde el punto de vista del mérito, la igualdad se percibe como una renta, un privilegio de la antigüedad, una protección indebida y un obstáculo al dinamismo económico.

El llamado a la autonomía lleva a criticar la igualdad como una forma de igualitarismo conformista y la exacerbación del mérito como una ideología de la competencia y el sometimiento a las normas técnicas que destruyen la creatividad de los individuos. A la inversa, desde el punto de vista de la igualdad, la afirmación de la autonomía aparece como una forma de egoísmo, una obsesión individualista por la singularidad, cuando la igualdad exige, al contrario, dejar atrás las diferencias. Los excesos de la autonomía, calificada entonces de individualismo, amenazarían la igualdad,

que supone la adhesión a lo común, a la solidaridad, a los colectivos de trabajo y a la nación.

Simétricamente, la afirmación de la singularidad de los individuos socava las reglas anónimas del mérito. Es la clásica crítica a las políticas de discriminación positiva, acusadas de destruir la equidad meritocrática. El mecanismo de las críticas nunca se detiene, y a menudo los propios individuos son quienes las elaboran una tras otra. Basta con cambiar de principio de justicia para ver el mundo de otra manera.

Ser justo en un mundo injusto

En definitiva, aunque los individuos adhieran a los mismos principios de justicia, tropiezan con la poliarquía de estos, con una suerte de “guerra de los dioses” tanto más inagotable, en la medida en que ninguna articulación superior parece imponerse. En el régimen de desigualdades múltiples, la relación con el mundo se funda en la crítica más que en la adhesión. En función de las situaciones “en calidad de”, cada cual recompone su crítica de las desigualdades adoptando todos los puntos de vista posibles en el transcurso de una ronda ininterrumpida de críticas. Esta inestabilidad normativa tiene dos consecuencias relativamente discrepantes.

La primera consecuencia de los conflictos de justicia es cierta distancia respecto de la vida política y los movimientos sociales. En su gran mayoría, las personas a quienes conocimos en nuestras encuestas sobre las discriminaciones y las injusticias en el trabajo dicen no reconocerse en los partidos y los movimientos que hablan en su nombre. La debilidad de los sindicatos y la desconfianza hacia los partidos lo demuestran con amplitud.

Casi todas las mujeres encuestadas saben que se las discrimina. Muchas son feministas, pero son pocas aquellas que dicen reconocerse en los movimientos feministas tal como los perciben en los medios. Del mismo modo, las personas procedentes de las minorías discriminadas se sienten alejadas de los movimientos que hablan en su nombre, en especial porque se niegan a que les atribuyan identidades colectivas y desconfían de líderes que les parecen a la vez distantes y autoproclamados. Por lo general, todos tienen la sensación de que la individualización de las desigualdades escapa a los procesos de representación política y social.

La segunda consecuencia es que cada cual recompone para sí una relación con las desigualdades. Todo sucede como si, después de desplegar todas las críticas posibles “en calidad de” y en función de los principios de justicia, los individuos llegaran a una forma de sabiduría. Como el mundo es injusto, hay que adaptar la experiencia personal estableciendo soluciones de compromiso entre los diferentes principios de justicia. Durante nuestras encuestas sobre las discriminaciones y el sentimiento de injusticia, casi todas las entrevistas se desarrollaron de manera similar. La primera etapa es la de un lanzamiento continuo de críticas sobre las desigualdades y las injusticias. Después, cuando se pregunta a los individuos qué pasa con ellos, la mayoría se presenta como personas apaciguadas que buscan la justicia para ellas y sus allegados por obra de su manera de vivir, trabajar o comprometerse en la vida asociativa. Hay que ser justo en un mundo injusto.

Todo sucede como si las experiencias personales estuvieran desconectadas de la visión global de la sociedad. Así como la “dicha privada” y la “desdicha pública” se enfrentan, la búsqueda de la justicia para sí mismo y la injusticia del mundo se oponen. Mientras la desconfianza con respecto a los partidos y los sindicatos parece ser la regla, los individuos participan en movimientos morales y asociaciones de solidaridad, dado que esas causas múltiples permiten *ser justo por uno mismo*.

La crítica de las grandes desigualdades sociales, percibidas como escandalosas, no es la de todas las desigualdades. A menudo está separada de las experiencias personales de las desigualdades, las que generan sentimientos de injusticia y desprecio. La mayoría de las veces, los muy ricos y los muy pobres están lejos de nosotros, mientras que las desigualdades que afectan nuestra vida parecen a la vez cercanas, singulares y múltiples. Los individuos se comparan y se definen en esas desigualdades. La suma de esas experiencias no se transforma en críticas homogéneas y movimientos sociales organizados: se manifiesta en iras y raptos de indignación comunes.

[30] Encuesta del International Social Survey Program, en François Dubet, Marie Duru-Bellat y Antoine Vèréout, *Les sociétés et leur école. Emprise du diplôme et cohésion sociale*, París, Seuil, 2010.

[31] Lars Osberg y Timothy Smeeding, “‘Fair’ inequality? Attitudes toward pay differentials. The United States in comparative perspective”, *American Sociological Review*, 71(3): 450-473,

2006.

- [32] Michel Forsé y Olivier Galland (comps.), *Les Français face aux inégalités et à la justice sociale*, París, Armand Colin, 2011.
- [33] Crédoc (Centre de Recherche pour l'Étude et l'Observation des Conditions de Vie [Centro de Investigación para el Estudio y la Observación de las Condiciones de Vida]), "Conditions de vie et aspirations des français", verano de 2017.
- [34] Christian Baudelot y Michel Gollac (comps.), *Travailler pour être heureux? Le bonheur et le travail en France*, París, Fayard, 2003 [ed. cast.: *¿Trabajar para ser feliz? La felicidad y el trabajo en Francia*, Buenos Aires, Miño y Dávila - Ceil-Conicet, 2011].
- [35] A modo de ejemplo, en una fábrica que produce motores de automóvil cerca de Burdeos, cuando la empresa era sólida y los sindicatos estaban bien organizados, se toleraba cierto ausentismo en ocasión de la apertura de la temporada de caza, la estación de recolección de hongos y las vendimias.
- [36] François Dubet y otros, *Injustices. L'expérience des inégalités au travail*, París, Seuil, 2006.
- [37] Julie Argouarc'h y Oana Calavrezo, "La répartition des hommes et des femmes par métiers: une baisse de la ségrégation depuis 30 ans", *Dares Analyses*, 79: 1-13, diciembre de 2013.
- [38] Hippolyte d'Albis e Ikpidi Badji, "Les inégalités de niveau de vie entre les générations en France", *Économie et Statistique*, 491-492, "Âges et générations", 77-99, 2017.
- [39] Véase Observatoire des Inégalités, *Rapport sur les inégalités*, 2017.
- [40] Milan Bouchet-Valat, "Les évolutions de l'homogamie de diplôme, de classe et d'origine sociales en France (1969-2011). Ouverture d'ensemble, repli des élites", *Revue Française de Sociologie*, 55(3): 459-505, 2014.
- [41] Didier Lapeyronnie, *Ghetto urbain. Ségrégation, violence, pauvreté en France aujourd'hui*, París, Robert Laffont, 2008.
- [42] Albert O. Hirschman, *Défection et prise de parole. Théorie et applications*, París, Fayard, 1995 [ed. cast.: *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y Estados*, México, FCE, 1977].
- [43] François Dubet y otros, *Pourquoi moi? L'expérience des discriminations*, París, Seuil, 2013.
- [44] Ministerio de Trabajo francés, datos de 2012.
- [45] Olivier Galland (comp.), *La France des inégalités. Réalités et perceptions*, París, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, 2016.
- [46] Axel Honneth, *La société du mépris. Vers une nouvelle théorie critique*, París, La Découverte, 2006 [ed. cast.: *La sociedad del desprecio*, Madrid, Trotta, 2011].
- [47] Durante una encuesta en que se pedía a los individuos que mencionaran el recuerdo de alguna injusticia, la mayoría se refirió a una interacción a priori banal en la escuela, el trabajo o el transporte, en cuyo transcurso se sintieron profundamente humillados e incluso "devastados".
- [48] En gran medida, la obra de Erving Goffman hace foco sobre esta paradoja de la sociabilidad democrática.
- [49] Robert Hughes, *Culture of Complain. The Fraying of America*, Nueva York, Oxford University Press, 1993 [ed. cast.: *La cultura de la queja. Trifulcas norteamericanas*, Barcelona, Anagrama, 2005].
- [50] Denis Merklen, *Pourquoi brûle-t-on des bibliothèques?*, Villeurbanne, Presses de l'Ensibb, 2013 [ed. cast.: *Bibliotecas en llamas. Cuando las clases populares cuestionan la sociología y la política*, Los Polvorines, UNGS, 2016].
- [51] Las observaciones que siguen se apoyan, entre otras fuentes, en F. Dubet y otros, *Injustices...*, ob. cit.

[52] Nancy Fraser y Axel Honneth, *Redistribution or Recognition? A Political-Philosophical Exchange*, Londres, Verso, 2003 [ed. cast.: *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político filosófico*, La Coruña - Madrid, Fundación Paideia Galiza - Morata, 2006].

4. Iras e indignaciones

La crítica de las desigualdades vividas como pruebas personales, heridas y amenazas debería fortalecer los movimientos y partidos favorables a la igualdad social. Estamos lejos de que sea así. Casi en todas partes, los partidos de izquierda y los movimientos sociales, durante mucho tiempo identificados con la lucha por la igualdad, están perdiendo terreno e incluso a veces en vías de desaparición.

¿Cómo no ver que los partidos de extrema derecha condenan la globalización y la Europa de los hiperricos, pero sin hacerse cargo de las desigualdades múltiples, esas que verdaderamente resultan importantes para los individuos? ¿Cómo no ver que, en algunos países, son los electorados populares los que eligen a millonarios cuyas políticas profundizan aún más las desigualdades sociales?

Hay que intentar comprender por qué la ira contra las desigualdades se transforma en expresiones de resentimiento y en indignaciones, que en su mayoría no desembocan en acción organizada alguna, tampoco en programas. En vez de combatir las injusticias que condenan, los populismos se indignan y denuncian a las élites, la oligarquía, los pobres y los extranjeros. ¿Qué es esta economía moral que produce ira e indignación, sin ser capaz de reflexionar sobre sus causas?

El resentimiento en internet

El régimen de desigualdades múltiples coexiste con el *boom* de la comunicación digital. Acaso no se diga nada nuevo sobre esos soportes, pero la manera como se habla y se comunica en ellos es tan radicalmente nueva que transforma la expresión de las opiniones y los procesos de presentación de uno mismo en un espacio público.

La posibilidad brindada a todos de expresarse en internet puede considerarse como un progreso democrático: reduce la distancia entre quienes hablan y quienes se callan, entre las palabras autorizadas y las palabras prohibidas. Cualquiera puede reaccionar, compartir su opinión, dar testimonio de su experiencia personal. Movimientos sociales nacen en la red y tienen efectos reales, como el movimiento MeToo, los llamados a manifestarse por el ambiente, por los refugiados, o contra los impuestos y el precio del combustible. Es preciso, pues, desconfiar de una crítica a priori de la opinión digital, una crítica que participa de la larga historia de la desconfianza hacia una palabra popular siempre sospechada de irracional, pasional, egoísta, incapaz de elevarse hacia la razón y el interés general.

La capacidad de decir públicamente las propias emociones y opiniones hace de cada uno de nosotros un militante de su propia causa, un cuasi movimiento social de uno solo, porque ya no es necesario asociarse a otros y organizarse para acceder al espacio público. A menudo, las pasiones tristes invaden esta expresión directa cuando no hay mediaciones ni filtros que aplaquen las reacciones de los internautas. Por ello, ante cada suceso de la crónica diaria, cada declaración política, cada experiencia desagradable en el transporte público, cada partido de fútbol, cualquiera puede dejarse arrebatar por la ira, el racismo, la denuncia, los rumores, las teorías conspirativas.

La ira y el resentimiento, hasta aquí encerrados en el espacio íntimo, acceden a la esfera pública. La privatización y la inmediatez de la crítica hacen que no solo se denuncie la transformación del mundo, a la patronal, a los políticos y a las élites, sino también al jefe, al vecino, al fascista, al izquierdista, al inmigrante, al alcalde, al profesor, al médico de cada quien... y al otro internauta que no ha denunciado a estos mismos.

Si la expresión de la ira es tan inmediata es porque cada uno está solo frente a su pantalla y escapa a las coacciones de la interacción. En efecto, la conversación cara a cara o en un pequeño grupo obliga a tener en cuenta las reacciones del otro, a anticiparlas, a preservar el honor de los demás, a prever los argumentos opuestos, a calmar los ánimos. Cuando uno quiere que la relación se sostenga, no puede dejarse llevar al extremo de la ira y los insultos. Las interacciones sociales mantienen una memoria de los intercambios, mientras que internet borra rápidamente los gritos y las vociferaciones. En la web todo puede decirse sin autocensura (o sin civilidad, para utilizar una palabra más positiva).

Cuando las emociones se dan a publicidad

Esas denuncias, a menudo sin consecuencias en el flujo de las invectivas, funcionan como un desahogo, una movilización puntual, inmediata y singular, que los mecanismos tradicionales de la acción colectiva y de la toma de la palabra pública no canalizan ni enmarcan.

Los canales que informan las veinticuatro horas y los *talk shows* participan en el mismo mecanismo. En ellos, el comentario político y social se organiza como un juego de roles, que demuestra que nadie se engaña con las intenciones oscuras de quienes nos dirigen. En función de los temas abordados, se sabe que se denunciarán, cada uno a su turno, la islamización de la sociedad, las políticas neoliberales, Europa, a Donald Trump, Alemania y Rusia, la dominación masculina y la dominación femenina, la crisis de la escuela y el desprecio de los parisinos, etc. Lo esencial es que el debate prosiga, a fin de que cada telespectador encuentre el reflejo de sus propias aversiones, obsesiones, iras e indignaciones.[\[53\]](#)

No es dar prueba de un apego excesivo a las formas institucionales de la democracia señalar que las experiencias de las desigualdades se manifiestan directamente en el espacio público y que las pasiones más sombrías se despliegan en este más allá de los movimientos sociales y su capacidad de construir una acción colectiva. Cualquiera puede indignarse, pero cualquiera puede también convertirse en “malo”, “sádico”, y denunciar a su chivo expiatorio favorito como “ese que vive en mi espacio”.[\[54\]](#) Cualquiera puede lanzar su propia cruzada moral.

En esa seudodemocracia de opinión, las iras y las indignaciones ya no necesitan partidos ni sindicatos. En vez de producir una oferta política y social, estos últimos pueden responder a las emociones de la web como reaccionaban ante los sondeos. Se sabe además que internet tiene un papel creciente en las campañas electorales y que los especialistas en *big data* saben focalizarse de manera extremadamente refinada en los electorados pasibles de ser seducidos. Como todos “tienen derecho a tener una opinión”, el 19% de los jóvenes de los colegios secundarios piensa que los medios no han dicho toda la verdad sobre los atentados de 2015; el 9% cree que los servicios secretos cometieron esos atentados, y más del 60% desconfía de los medios “oficiales”.[\[55\]](#) La cuestión de la verdad ya no es verdaderamente pertinente: a cada uno la suya.

Ni el odio, ni las indignaciones, ni los rumores son nuevos. Pero la televisión e internet les dan un eco considerable. En especial, esta nueva economía de la palabra es adecuada para la individualización de las experiencias de las desigualdades: la prolonga directamente y sin mediación.

El “estilo paranoico”

La frustración y el sentimiento de injusticia se transforman en resentimiento cuando no tienen cabida en ningún relato social capaz de darles sentido y designar adversarios y razones para esperar. Michèle Lamont demuestra que la experiencia del racismo se vive de manera muy diferente en función de la existencia o no de relatos que propongan a los actores explicaciones, causas y un respaldo de su dignidad.[\[56\]](#) La resiliencia ante la injusticia se apoya sobre un relato que la explica, la inscribe en una historia, indica sus causas y responsabilidades, devuelve el orgullo y las razones para actuar. Sin ese respaldo, lo que se impone es el resentimiento. Este no es solo una relación del débil con el fuerte. Contra el enjuiciamiento de nuestra valía, es también una manera de resistir el desprecio acusando a los otros y a la sociedad en general de ser las causas de nuestra indignidad.[\[57\]](#)

Al cabo de una larga construcción histórica, el régimen de desigualdades de clase había terminado por construir una figura del adversario –burgués, capitalista, patrón– contra el cual era posible encauzar la ira. Con este adversario, la ira se transformaba en conflicto. Este entrañaba movilizaciones y luchas, pero no era la guerra civil. No exigía la aniquilación del adversario y suponía incluso que existía propensión a negociar sobre la base de intereses comunes: la producción, el desarrollo económico, el progreso técnico, la cohesión social y demás.

El conflicto enfría las pasiones, crea sentimientos de solidaridad, socializa la “resolución de las tensiones entre los contrarios”.[\[58\]](#) Así, el capitalismo se insertó en la sociedad industrial, en sus sistemas de regulación y de relaciones profesionales. Desde ese punto de vista, el conflicto es lo contrario del motín, de las “emociones” y de las represiones masivas. Evita también que el resentimiento se desplace hacia otros blancos y la empresa

contra los judíos en los pogromos de Rusia y Europa Central, como contra los italianos en Aigues-Mortes en 1893.

Las transformaciones del capitalismo diluyeron las relaciones de dominación que se identificaron progresivamente con el funcionamiento de un sistema ciego y sin actores: la globalización, las finanzas, el neoliberalismo, las tecnologías. La dominación está por encima de nosotros, fuera de alcance y lejana. De forma paralela, parece perderse en el flujo de las interacciones sociales y los intercambios cotidianos, las miradas y las actitudes, el desprecio: dominación masculina, dominación poscolonial, dominación de las clases medias parisinas, etc. También aquí el sentimiento de desigualdad tiene dificultades para aprehender a un adversario proteiforme y difuso, un adversario convertido en la vida social misma. Cuando las tensiones y las desigualdades se tornan extremas, se oscila entre la paranoia, que ve la dominación en todas partes, y la violencia, que la revela mediante la acción.

Internet multiplica los testimonios del “estilo paranoico”.[\[59\]](#) Su principio es simple: la infelicidad del mundo procede de una causa única y oculta, pero cuyo poderío se revela por múltiples signos para quien sabe reconocerlos. El antisemitismo es el arquetipo de ese estilo: cuanto menos visibles, más poderosos son los judíos. Otras “fuerzas” pueden ocupar su lugar: las finanzas, los tecnócratas, etc. Con ello, todo es una prueba, desde el más mínimo suceso de la crónica diaria hasta las prolongadas evoluciones históricas.

Conocí a jóvenes, víctimas del racismo antimusulmán y de las discriminaciones, que inscribían su experiencia en la larga historia de las cruzadas y la colonización y para quienes todo confirmaba el eterno retorno de esa historia: los empleos penosos reproducen la esclavitud, el “apartheid” colonial, los ejércitos de ocupación y el racismo de Estado, sin olvidar el éxito escolar de las chicas que perpetúa la captación colonial de las mujeres.

Basta con recorrer los sitios identitarios de extrema derecha para descubrir exactamente la misma estructura de relato: tesis del Gran Reemplazo,[\[60\]](#) “corrupción” de la raza y la cultura occidental, enemigo enmascarado y proteiforme. Para otros, Europa es la causa de todos los males: calentamiento climático, crisis económica, decadencia de la cultura. Y para otros más, los derechos humanos no son otra cosa que el caballo de Troya del neoliberalismo y hay que deshacerse de lo políticamente correcto que

impide designar al “enemigo”. En todos los casos, las desigualdades tienen una causa única e invisible. ¡A cada cual su “Gran Satán”! Algunos eligen la guerra y la resistencia, mientras que otros quieren salir de un mundo impuro recuperando una relación directa con lo divino, ya se trate del Dios del Corán o del de los pentecostales.

Sin lugar a dudas, el estilo paranoico es extremo, pero basta con interrogar a los individuos sobre las causas de las desigualdades y las injusticias para notar que no siempre está muy lejos de su conciencia, ya que las causas y los responsables se les escapan. Nos equivocáramos si consideráramos el estilo paranoico como una simple patología personal. Basta con ver el papel que desempeña en algunos países, en las campañas electorales y en los modos de ejercicio del poder, para convencerse de lo contrario.

Cuando cuesta señalar a adversarios sociales y construir un conflicto, aunque solo sea porque la dominación está “en todas partes”, el pasaje al acto violento puede servir para revelar al “enemigo”. Durante una encuesta realizada hace más de treinta años, los jóvenes de los barrios populares decían estar “enfurecidos”.[\[61\]](#) Excluidos del mercado de trabajo, a menudo con un bajo nivel educativo, encerrados en su barrio, víctimas del racismo y de la mala reputación de los suburbios, tenían la sensación de que el mundo entero complotaba contra ellos y los abandonaba. Sensación aún más fuerte en un momento en que los partidos, las asociaciones y los movimientos juveniles se desmoronaban. Sin adversario identificable, sin encuadramiento político, esos jóvenes adultos pasaban de la apatía a la furia violenta a raíz de enfrentamientos con la policía.

Los motines se multiplicaron aún más porque los jóvenes vivían en un vacío político, en que los policías y los atropellos daban un rostro a la dominación y cristalizaban todas sus formas. La violencia revela el conflicto: se comienza a dar testimonio, a conversar con los representantes electos, quienes se muestran receptivos y escuchan... hasta el próximo motín. Como lo muestra muy bien la película *Do the Right Thing* [*Haz lo correcto o Haz lo que debas*] de Spike Lee, el motín distiende las tensiones psíquicas porque devela al adversario, obligado a revelarse.

La cuestión de los “barrios difíciles” terminó por imponerse en la agenda política, pero se construyó por encima de los jóvenes y los residentes de esos barrios, que no entraron a ningún proceso político. En el mundo más controlado, pacífico y organizado de los conflictos laborales, se observa desde los años ochenta una disminución de la cantidad y los días de huelga,

pero un aumento de las manifestaciones que, tanto más que combatir directamente a los dueños del trabajo y la producción, ponen en entredicho una política general.[62] La manifestación tal vez sea menos la expresión de un conflicto que la tentativa de hacerlo surgir. Los *black blocs*[63] llevan esta lógica a su extremo, ya que su violencia debe revelar la verdadera naturaleza violenta del Estado. Es la “propaganda por el hecho” de los nihilistas rusos.

Los mecanismos del resentimiento

El fenómeno más asombroso, y sin duda el más deprimente, es la asociación de la crítica de las desigualdades al odio a los pobres, los extranjeros y los más débiles. Para librarse del sentimiento de ser despreciado, ignorado, invisible, uno esquivo y se pone a distancia de quienes lo son aún más, aunque al parecer disfruten de la indulgencia y el apoyo de los poderosos.

Para ser reconocido como una víctima mientras se rechaza ese estatus, hay que denunciar a las “falsas” víctimas, esas que sacan ventajas indebidas de dicha condición. En los Estados Unidos, los conocidos como *white trash*[64] vivirían mal porque los afroamericanos y las minorías disfrutan de los beneficios del Estado de bienestar y las políticas de discriminación positiva. Los pobres del campo vivirían mal porque solo se presta oídos a los pobres de los suburbios, visibles en razón de sus motines y sus actos delictivos. Los obreros franceses perderían sus empleos porque los reemplazan obreros inmigrantes que aceptan bajos salarios y condiciones laborales degradadas. Los hombres perderían su rango y su dignidad porque solo los hay para las mujeres, etc.

El enemigo es el asistido. El 69% de los franceses piensa que hay demasiado “asistencialismo”: el 87% de los votantes de derecha, pero también el 55% de los votantes de izquierda.[65] Los franceses estiman que pagan demasiados impuestos, mientras que los beneficiarios de las ayudas sociales cometerían “abusos”. Y lo creen con mayor firmeza cuando pertenecen a las categorías modestas, son jubilados, tienen bajo nivel educativo y votan a la derecha.[66] Cuando se pide a los franceses que expliquen la pobreza, el 44% la atribuye a las injusticias sociales, sobre

todo cuando trabajan en los servicios públicos y tienen empleos calificados; pero el 33% la tiene por inevitable, el 9% la atribuye a la falta de suerte y el 14%, a la pereza.[\[67\]](#) Los jubilados poco calificados y los artesanos explican de buena gana la pobreza por la pereza y el fatalismo.

Al parecer, las minorías y los migrantes no respetan el contrato social. Ya son incontables las entrevistas hechas con asalariados que me explican que los inmigrantes siempre se les adelantan en las ventanillas del correo, en la Caja de Asignaciones Familiares, en el hospital y e incluso en la caja del supermercado! Es cierto que los medios ponen de relieve las desigualdades de sexo y “raza” mucho más que las desigualdades de clase, y que en ellos los blancos no privilegiados son personajes ridículos: los Simpson, los Deschiens, los exponentes de pretensiones y prejuicios que son como esos primos cursis e incultos que queríamos ocultar, etc.[\[68\]](#)

Tal vez, el resentimiento obedece menos a las desigualdades sociales que al miedo a perder el propio rango en el orden de las desigualdades. Ya se trate de los obreros o de las clases medias, el miedo al desclasamiento excede con mucho el riesgo real de sufrirlo.[\[69\]](#) El miedo a decaer está fuertemente asociado a la creencia en la meritocracia y la igualdad de oportunidades. Cuanto más se cree en la igualdad de oportunidades, más se vota a la derecha y más se aceptan las desigualdades. Pero, al mismo tiempo, se es más pesimista y se tiene más miedo al desclasamiento.[\[70\]](#)

Conviene pues mantener las distancias, como si la proximidad con los más pobres corrompiera en algo y tirara hacia abajo. El separatismo social se despliega a lo largo de toda la cadena de las desigualdades, y no solo del lado de los muy ricos, separados desde hace mucho de la masa. Entre 1982 y 2013, la proporción de los ejecutivos se duplicó en París, pasando del 24 al 46%, mientras que la de los empleados y obreros pasó del 48 al 25%.

En el seno mismo de las categorías populares, este distanciamiento prosigue en función de los barrios, los edificios y las zonas residenciales. Aun en los casos en que existe cierta mixtura o mixidad social, esta se detiene en la puerta de la escuela: las clases medias altas que compran viviendas en el nordeste de París y en los suburbios populares se aseguran de que sus hijos asistan a establecimientos protegidos de la presencia de los niños del barrio popular. Las colonias de vacaciones, que fueron durante largo tiempo una muestra de cierta mezcla social, han experimentado un fuerte retroceso: cinco millones de niños en 1960, contra un millón doscientos mil en nuestros días.

Basta con observar la imagen de los barrios problemáticos para ver dónde está el presunto peligro. Esos barrios se asocian al desempleo y la asistencia social para el 94% de los individuos interrogados en toda la población, y a la delincuencia para el 92%. Según el 64% de las personas consultadas, los desempleados encontrarían empleo si lo desearan. El 37% piensa que los pobres no hacen ningún esfuerzo para salir de la pobreza; el 44% cree que las ayudas sociales desresponsabilizan a las familias, y la proporción de quienes estiman que hacen falta más ayudas sociales bajó del 43 al 35% entre 2009 y 2014.[\[71\]](#)

Siempre hubo un voto obrero de derecha, pero, desde finales de los años setenta, el voto de los obreros por el Partido Socialista y, más aún, por el Partido Comunista comienza a disminuir. No son los viejos votantes obreros de izquierda quienes votan a la derecha, sino sus hijos, que ya no se socializaron en la cultura política de la clase obrera.[\[72\]](#) Estos vivieron la transición entre el régimen de desigualdades de clase y el de desigualdades múltiples, cuando la segmentación de las desigualdades desplaza la figura del riesgo social hacia los más indigentes. Entonces, los obreros votan a la derecha contra las desigualdades y el “sistema”, desde luego, pero también contra las víctimas del sistema percibidas como amenazas.[\[73\]](#)

Muy crítico con respecto a las desigualdades, el electorado del Frente Nacional (FN), convertido en Reunión Nacional, es también el más popular y obrero. En la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2017, el 37% de los obreros y el 32% de los empleados votaron a Marine Le Pen. Esta está siempre a la cabeza entre las personas de escasos ingresos y quienes tienen menor nivel educativo. Más que la posición social, lo que convoca la adhesión de esos votantes es el sentimiento de inseguridad social. El 35% de los obreros no precarizados votan al FN, pero la proporción se eleva al 62% entre los obreros precarizados. En los lugares donde el índice de desempleo es menor al promedio nacional, el FN cosechó el 27% en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2017, pero llegó al 47% donde el desempleo llega al 13% o lo supera.

El sentimiento de haber quedado a un lado explica también un voto cuyo tema esencial es el rechazo de los inmigrantes y los extranjeros. El voto al FN llega a su punto máximo a 40 km de las grandes ciudades para disminuir a continuación, y se lo vota dos veces más en las comunas de 1000 habitantes que en las de 10.000. Por ende, este voto no está ligado a la

presencia de los inmigrantes, sino al temor a su cercanía, a la amenaza de su “invasión”.

Es evidente que el voto al FN es un voto social, un voto de protesta contra las desigualdades, la inseguridad social y el sentimiento de abandono. Pero es también un voto contra los más pobres, contra los extranjeros, contra el Estado de bienestar tal como es. La transformación de un voto “social” en voto “identitario” no se comprende si no se tiene en cuenta el resentimiento.

La economía moral del respeto

“¡Nos desprecian, nos olvidan, no nos ven!”. Este es el tema del *forgotten man*, el trabajador blanco, honesto, tolerante, que paga sus impuestos, a quien se pide que se haga cargo de los pobres, los inmigrantes y los ex colonizados.^[74] Con el resentimiento, la cuestión social se convierte en una cuestión nacional y moral. La dignidad de los trabajadores está amenazada. El ascenso del nacionalismo, del populismo, de la xenofobia, del miedo al desclasamiento y a los pobres no puede reducirse al mero éxito de propagandas perversas e ideas falsas. Se inscribe en una economía moral que defiende cierto tipo de sociedad y de solidaridad.

Los obreros del norte de Francia rechazan que se fije un ingreso universal porque este rompería el contrato social, el donativo y el contradonativo entre el trabajo y las ayudas sociales. Además, beneficiaría en exceso a los extranjeros.^[75] Pero ese rechazo no puede limitarse a una simple manifestación de xenofobia: en el régimen de desigualdades múltiples, los actores sociales, en especial los trabajadores, tienen la sensación de que los mecanismos de la solidaridad se descomponen. Sensación extraña, en un país donde las retenciones impositivas y la redistribución siguen siendo altas y dividen casi por dos la amplitud de las desigualdades.

Pero la sospecha general que suscitan los desempleados y los beneficiarios de las prestaciones sociales procede del agotamiento de la representación del contrato social que está en el fundamento del Estado de bienestar. Ese contrato se apoyaba en un imaginario solidarista, la idea de que el trabajo daba derechos en función del aporte de cada cual a la riqueza nacional. El trabajador y su familia tenían derechos porque aportaban a la sociedad y

participaban en la prosperidad de la “colmena”, para utilizar una célebre imagen sansimoniana.

Con el régimen de desigualdades múltiples, ese contrato se fraccionó en una multitud de políticas sociales focalizadas en programas sociales específicos y desigualdades singulares. El acceso a los derechos sociales se tornó demasiado complicado. Como el sistema de las políticas sociales y de los múltiples dispositivos es ilegible, cualquiera puede tener la sensación de que lo estafan, de que paga demasiado y para quienes no lo merecen y de que no recibe lo que él mismo merece. Se imagina con facilidad que los otros reciben demasiado, cuando se ignora lo que reciben y lo que dan.

La nación, un asunto de iguales

Debemos la igualdad a los nacionales. El carácter insoportable de las discriminaciones se acentúa porque estas afectan a ciudadanos de la misma nación, una nación fundada en la igualdad. Michèle Lamont muestra que esta conciencia de una igualdad nacional estructura las formas de resistencia y resiliencia de los obreros estadounidenses y franceses: en nombre de la igualdad en la nación, ciertas desigualdades son insoportables porque ponen en entredicho la igualdad de los ciudadanos.^[76]

En mis propias investigaciones, las víctimas del racismo afirman ante todo su pertenencia a la nación, su derecho a ser tan franceses como los demás. Ahora bien, de la misma manera que las representaciones de la solidaridad se desmoronan al alejarse del régimen de clases sociales, la nación ya no es lo que era (lo que creía ser). Ya no se define por fronteras “naturales” y herméticas, por un Estado plenamente soberano, por su economía nacional y, en especial, por la creencia en su homogeneidad cultural, aunque sea al precio de la amnesia.

Hemos salido del viejo mundo westfaliano que dominó Europa durante siglos. La independencia de las naciones se debilita por la intrincación de los intercambios, los acuerdos internacionales, el poderío de empresas muy grandes y desterritorializadas. También está amenazada desde dentro, con el reconocimiento de la “diversidad”. Los compromisos laicos se ponen en cuestión. Los franceses han dejado de ser todos “blancos” y de cultura

católica, ya vayan a la iglesia o sean anticlericales. Ese relato nacional, que había terminado por imponerse, cae hoy en la ruina.

Si bien el estudio de los sondeos a lo largo de un período extenso deja de manifiesto que los franceses son más tolerantes hacia las diferencias culturales y las minorías,[\[77\]](#) la ansiedad nacional crece. Las migraciones se asocian a la delincuencia, el desempleo y la negativa a integrarse. En Europa, los temores económicos son mucho más débiles que los temores nacionales y culturales.[\[78\]](#)

Para mayor exactitud: los temores económicos encuentran expresión en los temas identitarios y nacionales, y la economía moral del respeto se refugia en la igualdad en el seno de la nación. Por poco que ideólogos y partidos combatan lo “políticamente correcto”, el racismo adquiere el derecho a ser una opinión como cualquier otra, en nombre de la defensa de la igualdad en la nación.

Individualismo y deseo de autoridad

El régimen de desigualdades de clase se ha asociado a una concepción de la modernidad en la cual se consideraba que el individuo era autónomo porque creía en valores universales, pero también porque había “interiorizado” lo social, adhería a sus roles y a las morales asociadas y combinaba sus pasiones y sus intereses. Esta representación se deshace cuando el individuo, más libre y más igual, afirma su derecho a la autenticidad y la singularidad. Pero, en el mismo momento, el individualismo de los intereses también se extiende en un mundo que parece constituido por varios mercados. Las pasiones y los intereses personales parecen desplegarse en esferas independientes unas de otras. La cultura y el mercado se separan.[\[79\]](#)

Este doble individualismo –al cual nadie escapa, ni siquiera quienes lo condenan– tiene dos consecuencias. La primera es el declive o la crisis endémica de las instituciones de socialización, entre ellas, desde luego, la escuela, sometida a la competencia de los intereses y al deseo de expansión personal. Así como antes había que ser un ciudadano virtuoso y patriota, ahora es menester tener más éxito que los demás, sin dejar de sentirse “a gusto”. La segunda consecuencia es una yuxtaposición de pasiones, ideales

e intereses contradictorios. Me manifiesto contra la selección universitaria, pero hago todo lo posible para que mis hijos ingresen a las clases preparatorias para las *grandes écoles*. Me manifiesto contra el calentamiento climático, pero también protesto contra el alza de los precios de los combustibles, a la vez que vacaciono en lugares muy alejados de mi casa, gracias a las compañías *low cost*. Denuncio el aumento de los alquileres, pero utilizo Airbnb, y así sucesivamente.

Para resolver la contradicción entre convicciones e intereses, podemos sentir la tentación de denunciar la libertad de los otros y convocar a fortalecer la autoridad.[\[80\]](#) Durkheim explicaba que el deseo de autoridad (característico de la Alemania imperial, a su juicio) no era un reflejo arcaico, sino producto del individualismo que, al no limitarse por sí mismo, esperaba que la autoridad lo hiciese por él.[\[81\]](#) Hoy en día, los jóvenes de los secundarios reclaman más libertad para sí y más disciplina para los otros, más policía y vigilancia, más autoridad pública que los proteja de su propia autonomía. La economía moral del régimen de desigualdades múltiples invita a defender las libertades propias y a la vez reforzar el orden público.[\[82\]](#)

El espíritu de la época es propicio a los Estados fuertes y autoritarios. Más libertad para mí y más seguridad para todos. Más libertad, más mercado y más autoridad contra los estragos de la libertad y el individualismo. Los éxitos de Donald Trump, Jair Bolsonaro, Vladímir Putin, Recep Erdoğan, Matteo Salvini, Viktor Orbán y muchos otros, hoy y sin duda mañana, demuestran que esta extraña alquimia moral no tiene nada de paradójico. En ese sentido, no es un retorno al fascismo.

En definitiva, la economía moral del desprecio y el respeto defiende una representación de la sociedad fundada en el contrato social, la nación y el individuo tal como estos se constituyeron en las sociedades industriales nacionales y el régimen de clases sociales. Mientras esas sociedades se agotan y vivimos en el régimen de desigualdades múltiples, el imaginario colectivo de las víctimas de las desigualdades sigue siendo el de la sociedad perdida, el de la sociedad industrial donde cada uno está en su lugar, el de la nación homogénea y el Estado fuerte, protector y plenamente soberano. En el fondo, la situación no es diferente a la de las sociedades europeas que, en el siglo XIX, se habían vuelto románticas y nostálgicas de los estamentos perdidos, antes de aceptar la modernidad. No sin algunos retornos de lo reprimido.

La rutinización de la indignación

Sería absurdo explicar toda la vida política por las desigualdades sociales y la experiencia de las desigualdades. Pero debemos interrogarnos sobre la oferta política y la vida intelectual que pueden transmitir esa experiencia; hay que construir relatos y esforzarse por movilizar a los individuos, a fin de explicarles lo que les pasa y abrir el horizonte de un mundo más justo. ¿Cuáles son las formas colectivas de la ira y el resentimiento?

Según escribía Stéphane Hessel en 2010, debíamos indignarnos. Un millón de ejemplares vendidos, traducciones a todas las lenguas. Movimientos de indignación contra las desigualdades sociales y las políticas de austeridad en los Estados Unidos, España, Francia. Vivimos el tiempo de las indignaciones.

La indignación es una emoción positiva. Es uno de los resortes esenciales de las movilizaciones; cada uno de nosotros está indignado, lo estará o lo estuvo, a causa de injusticias insoportables, de las desigualdades obscenas, de la manera de tratar a los refugiados, de la violencia de los Estados, de la destrucción de la naturaleza. Hoy como ayer, la indignación es el ingrediente básico de las protestas, los movimientos sociales y las sublevaciones morales. Estamos indignados porque somos solidarios y nos conmueven sufrimientos que nos conciernen sin afectarnos personalmente.

Por eso, no conviene condenar la indignación como tal, sino interrogarse sobre sus relaciones con la acción. Toda la cuestión radica en saber si las indignaciones se transforman en programas de acción, programas políticos, estrategias capaces de actuar sobre los problemas que han suscitado indignación. En caso contrario, no llega a ninguna parte; se convierte en una ira sin objeto, a veces en una postura, una energía que se agota sin influir sobre las causas que llevaron a indignarse.

La cuestión no es nueva. Max Weber la había formulado en la oposición entre la “ética de la convicción” y la “ética de la responsabilidad”. Con la primera, uno solo rinde cuentas a sus principios y convicciones. Con la segunda, se lanza a la acción y se siente responsable de sus consecuencias; la acción justa no es la más pura, sino la más eficaz y la que provoca menos estragos colaterales. Con la ética de la responsabilidad, se acepta actuar en condiciones impuestas, en el mundo tal como es. Es lo que llamamos política: es preciso que la indignación genere un programa político, un movimiento sindical, una organización, un conjunto de prácticas

individuales y colectivas capaces de transformar, aun tímidamente, la vida social.

Sin insinuar la mínima sospecha acerca de la sinceridad de las indignaciones ocasionadas por las desigualdades sociales, puede tenerse la sensación de que, sin relevos políticos, asociativos y sindicales, la indignación funciona como una válvula de escape, un linchamiento: “¡Son todos inútiles, todos corruptos!”.^[83] En tanto que la acción política exige prudencia, competencia y una conciencia de los aspectos “trágicos” de la política (porque no se puede ganar en todos los frentes, vender al extranjero y no comprar, bajar el precio de las materias primas y luchar contra el calentamiento climático), la indignación postula que el pueblo siempre es mejor que sus representantes.

Sin oferta política racional, uno puede indignarse de todo y su contrario: del aumento de los impuestos y del declive de los servicios públicos y el Estado de bienestar, de las desigualdades escolares y del cuestionamiento de las trayectorias escolares diseñadas en clave selectiva y las clases europeas para sus propios hijos, de la falta de mezcla social y de la promiscuidad en los transportes públicos, de los embotellamientos urbanos y de las restricciones a la circulación, de la presencia policial y de la inseguridad. En última instancia, nos indignarán las desigualdades sociales y el debilitamiento de las jerarquías tradicionales.

La tendencia a la indignación a diestra y siniestra procede sin duda de la distancia creciente entre las pasiones y los intereses y entre los valores sociales y los mercados, pero la alimenta sobre todo la debilidad de la oferta política. La democracia de los públicos nos aleja de los “partidos programáticos”, es decir, de los partidos obligados a construir programas coherentes y realistas. “Nuestros sueños no pueden entrar en vuestras urnas”, decían los indignados españoles. Todo termina en una radicalidad revolucionaria o contrarrevolucionaria, sin revolución, sin partidos revolucionarios ni fuerzas revolucionarias. Como la acción parece imposible, nos indignamos aún más, y en ese caso la indignación exime de toda responsabilidad.

Sin programa político, la indignación corre el riesgo de soldar la alianza del neoliberalismo y la democracia radical sobre las ruinas de los partidos políticos y los sindicatos. No queda más que un cara a cara entre una tecnocracia liberal, apuntalada en la gestión de las coacciones y la ética de la responsabilidad (“Somos serios, razonables y competentes, porque el

mundo se nos impone”), y las iras indignadas que se niegan a comprometerse y serenarse en la construcción de alternativas políticas.

¿Cómo pasar de los indignados, surgidos de la crisis de 2008, al partido Podemos? ¿De la indignación a la fuerza política? Hoy en día, Podemos lo intenta, con el riesgo de convertirse en un partido como los demás, con sus tendencias, sus disputas de líderes, sus desacuerdos respecto de Cataluña y Europa, sus alianzas con los partidos tradicionales. Así como se habla de la rutinización del carisma, paso del profetismo a la religión instituida, se asiste a la rutinización de la indignación. Sin embargo, la política es la única manera de transformar la indignación en fuerza social. Sin eso, se instala el populismo.

Los populismos. Del pueblo al jefe

La familia de los populismos es tan vasta que en sus filas se incluyen los populistas rusos del siglo XIX, los partidos fascistas de la década de 1930 y los gobiernos latinoamericanos de Juan Domingo Perón, Lázaro Cárdenas y Getúlio Vargas y, después de ellos, los de Rafael Correa, Evo Morales y Hugo Chávez. En nuestros días hay populismos de izquierda y populismos de derecha en Europa entera, tanto en los países donde el desempleo es bajo como en aquellos donde es alto, tanto en la Inglaterra liberal del *brexit* como en la Suecia socialdemócrata. Sin embargo, como la noción de populismo se impuso, arreglémonos con ella para designar un estilo político detectable con bastante claridad, pese a todo cuanto es distintivo de los diferentes partidos y movimientos populistas.

¿Qué es el “pueblo”? El pueblo de los populismos es el pueblo de los trabajadores, no solo la clase obrera, sino también los empleados, los funcionarios, los campesinos, los artesanos, los pequeños empresarios, los comerciantes. Es el pueblo del Partido Comunista y el de Pierre Poujade. [84] Es el pueblo que trabaja, el pueblo de los “pequeños” que debe ser protegido de la rapacidad de los “grandes”, las multinacionales, los altos funcionarios, todos los que “se llenan”. En el seno de ese pueblo de trabajadores, las desigualdades tienen un carácter secundario.

El pueblo populista es también la nación, siempre amenazada y siempre traicionada. Para los populistas de derecha es la nación de las raíces, la

sangre y la tradición, la nación “invadida” por los inmigrantes y los refugiados. Para los populistas de izquierda, la nación es más abierta, pero también está amenazada por la globalización, por Europa, por Alemania (en el caso del pueblo francés), por los Estados Unidos (en el caso de la mayoría de los países) y por el mundo entero (en el caso de los estadounidenses). ¡A cada cual sus enemigos!

Por último, el pueblo populista es el pueblo soberano. El pueblo siempre traicionado por las élites, ignorado por la representación política, engañado por los medios al servicio de los poderosos, el pueblo ignorado y despreciado. Es el pueblo de una democracia radical, el pueblo hostil al “juego democrático” de las concesiones y los notables, el pueblo que quiere un Estado fuerte. De derecha o de izquierda, el pueblo de los populistas es la expresión directa de la economía moral de quienes se sienten desposeídos y divididos por la multiplicación de las desigualdades. Es el pueblo del trabajo, el orden y la nación, el pueblo que, al parecer, superará por fin el individualismo y la atomización de los intereses.

En general, la unidad del pueblo se encarna en un jefe de estilo viril y autoritario. El líder es el pueblo, comprende las frustraciones y los sufrimientos de este, sus sentimientos profundos y sus iras. El líder populista no se define por sus orígenes. Puede ser muy rico, como Donald Trump o Marine Le Pen. Puede ser un parlamentario experimentado, como Jean-Luc Mélenchon o Boris Johnson. Puede ser a la vez el poder y el pueblo, como Viktor Orbán o Beata Szydło. Puede proceder de los medios, como Beppe Grillo, o de los grupúsculos de extrema derecha, como Matteo Salvini. Sus orígenes no importan: el líder populista debe transformar la indignación en resentimiento, porque tiene la capacidad de designar a los adversarios y los enemigos.

La unidad de los líderes populistas es su estilo político: la indignación y la denuncia. Como los partidos populistas son “bancos de ira”,^[85] el líder populista siempre está indignado, siempre enojado, colérico. Nunca se sabe, en verdad, si se trata de un rasgo de personalidad o de un papel político. Sin duda, ambos.

La combinación emocional del llamamiento al pueblo y la indignación procede de una profunda racionalidad política. Basta con leer las obras de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe para convencerse al respecto.^[86] La concepción liberal de la democracia se basa en la representación, la deliberación, el compromiso, la autonomía del derecho. Para los populistas,

al contrario, sea cual fuere la mayoría política, este sistema priva al pueblo de su poder y asegura la dominación de la oligarquía, el conjunto de quienes dirigen la economía, los medios, las instituciones.

De tal modo, la esencia de la democracia es agonal. Se convierte en el conflicto irreductible entre el pueblo y la oligarquía. La distinción entre la política y la vida social es la primera forma de la dominación. En esta perspectiva schmittiana, en la que la paz no es sino la suspensión de la guerra, la indignación y el odio son los resortes de toda la vida política, es decir, de la constitución del pueblo como sujeto: “El odio a los medios y a quienes los dirigen es justo y sano”, declaraba Jean-Luc Mélenchon.[\[87\]](#) Ya no estamos frente al modelo de la vanguardia guiada por una concepción de la historia y de la lucha de clases, sino en un registro emocional cuyo resorte esencial es la indignación: “¡Voten con el estómago, no con el cerebro!”, decía Beppe Grillo.

Es preciso pues movilizar las pasiones, incluidas las más oscuras, y personalizar el conflicto entre la oligarquía que se oculta detrás del derecho, las instituciones políticas, los medios, la independencia de la cultura y la ciencia, a fin de que el pueblo se constituya contra su adversario: “Ustedes están siendo víctimas de mentiras y engaños”. La oligarquía “hechiza” a la gente. La indignación se torna un resorte político esencial que hay que alimentar.

Estamos acostumbrados al estilo de odio de los populismos de derecha. De ahora en más, habrá que habituarse al odio indignado de los populistas de izquierda: “Usted es odiado, es odiado, es odiado”, escribe François Ruffin en *Le Monde*, el 4 de marzo de 2017, al día siguiente de la elección de Emmanuel Macron. Lo odio porque yo soy el pueblo y usted, su enemigo. Las elecciones europeas de 2019 deben ser un referéndum anti-Macron, el “presidente de los ricos”, “el hombre del desprecio”. ¡Europa no importa nada en este asunto! Laurent Wauquiez sigue el ejemplo al movilizar el resentimiento contra los parisinos, Europa y los funcionarios.

El populismo europeo es un “populismo líquido”.[\[88\]](#) Puede ser estatista o ultraliberal, socialista o revolucionario, proteccionista o partidario del libre cambio, racista u opuesto “solamente” a las potencias extranjeras. El populismo es un estilo más que una política. En definitiva, se acomoda a todas las políticas y no promete nada. En Italia, la alianza entre la extrema derecha y el M5S [Movimento 5 Stelle] promete a la vez una disminución de los impuestos y el ingreso universal. Al final, puede ser nacionalista y

liberal, proteccionista y hostil al derecho laboral; puede convocar a los pobres a la vez que favorece a los más ricos.

Si el llamamiento al pueblo supera la balcanización de las desigualdades sociales, si deja atrás las “pequeñas” desigualdades y las múltiples reivindicaciones de reconocimiento, no dice (y no puede decir) en qué terminará una vez conquistado el poder. De lo contrario, rompería la unidad del pueblo. Al construir al pueblo contra la oligarquía, la indignación populista no se hace cargo del problema de las desigualdades que atraviesan a ese pueblo y a cada uno de nosotros. Peor, las borra: una vez descartado el 1% más rico, no queda más que un “pueblo” supuestamente homogéneo, aunque las desigualdades de ingresos sean en él del orden de uno a cuatro (y mucho más, si se les añaden las desigualdades de patrimonio y todas las desigualdades múltiples).

Pasiones iliberales

El rechazo de las desigualdades sociales está necesariamente asociado a la crítica del neoliberalismo que debilita la regulación de los mercados de trabajo, los códigos laborales y las protecciones sociales. En nombre de la libertad de los negocios y de la competencia internacional, habría que disminuir las cargas sociales de las empresas, jugar el juego de la competencia fiscal, flexibilizar todas las reglas que frenan la dominación del capital sobre el trabajo y la de los accionistas sobre los asalariados. Se explica entonces que la hiperriqueza de unos sería buena para todos, a favor de la “teoría” del derrame, y que la “fluidez” del mercado de trabajo sería buena para el empleo. El funcionario se convierte en un privilegiado, mientras que el repartidor de pizza, un cuentapropista, es el símbolo del trabajador libre, liberado por el capitalismo de plataformas.

Las críticas al neoliberalismo son obvias y nos resultan familiares. Subsisten, y eso es una suerte. Sin embargo, en el escenario de las ideas, la crítica del neoliberalismo económico se asocia con frecuencia a la crítica del liberalismo político y cultural. Más exactamente, se explica que la democracia, la multiplicación de los derechos, el individualismo y la pasión por la igualdad son el caballo de Troya del liberalismo económico.^[89] El pensamiento de izquierda “tradicional” trataba de mostrar que el

individualismo democrático y el capitalismo eran contradictorios porque las condiciones de vida y de trabajo impuestas a los asalariados destruían la autonomía a la que estos aspiraban.

Hoy, la vida intelectual, sobre todo la francesa, está dominada por otro razonamiento: el liberalismo cultural actuaría de concierto con el liberalismo económico. Es “un pensamiento de derecha en un lenguaje de izquierda”.^[90] Christopher Lasch, detractor del individualismo democrático convertido en narcisismo y de la mediocridad hecha cultura de masas, pasa a ser un autor “de izquierda”. Se prefiere el Péguy de 1914 a Jaurès, y la república a la democracia. En nombre de la crítica del liberalismo y el mundo “tal como va”, hay que denunciar el espíritu de Mayo del 68, lo políticamente correcto y el discurso biempensante, la explosión de los derechos y la tiranía de las minorías, la decadencia de las jerarquías del espíritu y la cultura. El conformismo denunciado por Michel Houellebecq ya no es el del pequeño burgués conservador e inhibido, sino el del *bobo* tolerante, ecologista, liberal y, por lo tanto, *snob* y lejano al pueblo que, por su parte, sufre y conoce los “verdaderos” valores.

Los centenares de miles de ciudadanos que se manifestaron al día siguiente de los atentados de enero de 2015 no serían tolerantes y abiertos cuando se niegan a estigmatizar a los musulmanes; serían “católicos zombis” reaccionarios, en tanto que el verdadero pueblo se mantuvo al margen.^[91] El antirracismo no sería en realidad otra cosa que una astucia del racismo de clase que desprecia la inquietud cultural del pueblo y el desasosiego del campo. En nombre de una lucha contra un liberalismo cultural perverso, hay que defender las jerarquías y las distinciones que garantizaban un orden estable y tranquilizador. Hay que defender la autoridad escolar de antaño contra el “pedagogismo”, cuyas primeras víctimas serían los hijos del pueblo.

La hegemonía intelectual se inclina hacia un conservadurismo antiliberal y hasta iliberal, bastante más allá de la inflexión anunciada por Daniel Lindenberg en 2002.^[92] Ya son incontables los antiguos izquierdistas, los antiguos partidarios de Mitterrand, los antiguos marxistas y los antiguos libertarios que se han pasado al “otro campo”. Algunos logran incluso seducir a los dos populismos, el de derecha y el de izquierda. En una misma semana se puede ser tapa de *Valeurs Actuelles*, de *L'Observateur* y de *Marianne*; basta con estar “a la izquierda”, al denunciar el capitalismo, y “a la derecha”, al estigmatizar los vértigos del individualismo y la debilidad de

las democracias. Basta con estar “a la izquierda”, al identificarse con las indignaciones populares, y “a la derecha”, al denunciar la decadencia de la civilización y de la gran cultura contra la mediocridad democrática.

Melancolías de izquierda y de derecha

En definitiva, una gran parte de la crítica está dominada por la indignación y la moral más que por el análisis de los hechos. Humillados y despreciados, los componentes de la *white trash* serían víctimas de un racismo “antiblanco” que justifica su ira. Humillados y despreciados, cuando se hundan los valores viriles de la sociedad industrial, los hombres tendrían buenas razones para ser misóginos y homofóbicos. Humillados y despreciados, víctimas del desempleo y del hostigamiento policial, los jóvenes de los barrios tendrían buenas razones para elegir la delincuencia, la violencia y el radicalismo religioso. Al razonar de esta manera, comprender y justificar se convierten en una sola y única operación.

Al negarnos a enfrentar el mundo tal como es, desplegamos una versión melancólica de la crítica “fuera del mundo”. Como la crítica es recuperada sin cesar por un sistema que la transforma en moda, espectáculo y rutina; como el proletariado atomizado no es más que un concepto, y como la dominación se diluye en el mercado y la cultura, no quedaría sino la crítica de la crítica.^[93] Enzo Traverso da un testimonio particularmente claro de ello. Su *Melancolía de izquierda*^[94] se visita como un museo de los grandes hombres, las grandes luchas y los mártires del movimiento revolucionario, y como un recorrido por las ilusiones perdidas. De esa gran historia, solo subsistirían luchas traicionadas por los estalinistas y más aún por los socialistas, héroes asesinados, santas y santos: otras tantas imágenes santurronas.

La historia social se convierte en una historia religiosa, la de una fe destruida por el mundo real. Al precio de una denegación de la historia, siempre se puede conservar la fe, pero esta actitud es ahora estética. En ese caso, los millones de muertos de la gran Revolución Cultural china son apenas un “detalle”, como lo piensan, por razones perfectamente opuestas, Alain Badiou y Xi Jinping.

La interpretación del sentimiento de injusticia generado por las desigualdades oscila entre dos grandes relatos, dos filosofías sociales. Para toda una tradición que va de un conservadurismo moderado a las ideologías más reaccionarias, todo el mal vendría de la “providencia democrática”, individualista e igualitarista. En esta perspectiva, las desigualdades sociales son menos peligrosas que la pasión por la igualdad. Partidarios del principio de igualdad, los individuos ya no soportarían las desigualdades de talento y mérito, y el sentimiento de injusticia no sería más que la manifestación inagotable de la envidia y el resentimiento. Tenida durante largo tiempo por uno de los pilares de la retórica reaccionaria, aunque Nietzsche le haya dado una legitimidad intelectual, esta interpretación se despliega en nuestros días bajo cuerda, encubierta por una crítica del individualismo democrático.

La “sociedad del vacío”, el “narcisismo moderno”, la “crisis de los valores y la cultura”, la “derrota del pensamiento”, la “tiranía de las minorías” serían las manifestaciones patológicas de un igualitarismo que considera inaceptables todas las desigualdades. En el fondo, el sentimiento de injusticia no sería otra cosa que una racionalización de la mala fe. Las mujeres, las minorías y los pobres serían simplemente unos envidiosos y frustrados, cuando se hunde el orden de las desigualdades legítimas. Así, el sentimiento de injusticia se convierte en una emoción oscura, y la indignación, en un mero ardid en una sociedad donde todos deben permanecer en su lugar y estar satisfechos con eso.

En una lectura opuesta de la vida social, como todas las desigualdades son injustas por naturaleza, el sentimiento de injusticia siempre sería legítimo. Todas las víctimas de las injusticias serían justas e inocentes. En realidad, la *white trash* que vota a Donald Trump sería víctima de la crisis y de las élites demócratas que provocan su racismo y su xenofobia. Los votantes de la Reunión Nacional serían en realidad las víctimas de las políticas liberales y del abandono del Estado. Los jóvenes violentos, y no solo con la policía, tendrían buenas razones para serlo cuando se sabe hasta qué punto están expuestos al desempleo y las discriminaciones. Ya que la ira, el odio y el resentimiento se explican fácilmente por las desigualdades sufridas, serían (sin excepción) justificables.

Se pasa de la explicación de las pasiones tristes a su justificación. Pero no se puede adoptar esta lógica sin tropezar con algunas paradojas morales insuperables. ¿Quién justificaría el nazismo con el pretexto de que los votantes de Hitler eran las “víctimas” de la derrota de 1918, la crisis de

1929 y la impotencia de la República de Weimar? ¿Quién justificaría las violencias padecidas por las mujeres aduciendo que los propios hombres habrían sufrido violencias o habrían sido humillados en el trabajo? ¿Quién justificaría los atentados con el pretexto de que los terroristas serían “desesperados”? Así como la ira contra las desigualdades y las injusticias no es la expresión de una envidia, tampoco es necesariamente un combate por la justicia.

No todas las iras, no todas las indignaciones y no todos los populismos derivan del régimen de desigualdades múltiples. El debilitamiento de los sistemas democráticos, la angustia de las viejas naciones y la crisis de 2008 desempeñan un gran papel. Es importante, sin embargo, poner en evidencia los vínculos que se tejen entre el nuevo régimen de desigualdades, las experiencias de los actores y sus efectos sobre la vida ideológica y política.

Por desdicha, las indignaciones y los arranques populistas no son un mal momento que haya que atravesar a la espera de que la historia de las sociedades retome su curso apacible. Al contrario, estamos en una situación en que la experiencia de las desigualdades no encuentra expresión política o representativa capaz de actuar sobre ellas e imponer la prioridad de la igualdad social, es decir, la reducción de las desigualdades entre todas las posiciones.

[53] François Jost, *La méchanceté en actes à l'ère numérique*, París, CNRS, 2018.

[54] François Flahault, *La méchanceté*, París, Descartes et Cie, 1998, p. 17.

[55] Olivier Galland y Anne Muxel (comps.), *La tentation radicale. Enquête auprès des lycéens*, París, PUF, 2018.

[56] Michèle Lamont y otros, *Getting Respect. Responding to Stigma and Discrimination in the United States, Brazil, and Israel*, Princeton, Princeton University Press, 2016.

[57] Antoine Grandjean y Florent Guénard (comps.), *Le ressentiment, passion sociale*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2012.

[58] Georg Simmel, *Le conflit* (1923), París, Circé, 1992 [ed. cast.: *El conflicto. Sociología del antagonismo*, Madrid, Sequitur, 2010].

[59] Richard Hofstadter, *Le style paranoïaque. Théories du complot et droite radicale en Amérique* (1964), París, François Bourin, 2012.

[60] Tesis conspirativa y xenófoba que se expone en el libro homónimo de Renaud Camus (*Le grand remplacement*): la migración de masas terminará por reemplazar a los franceses blancos católicos, y la población blanca cristiana europea en general, con pueblos no europeos, específicamente árabes, bereberes, levantinos, norafricanos y subsaharianos. Desde luego, postula un potencial peligro y la destrucción de la cultura y civilización francesas. [N. de E.]

[61] François Dubet, *La galère. Jeunes en survie*, París, Fayard, 1987.

[62] Guy Groux y Jean-Marie Pernot, *La grève*, París, Presses de Sciences Po, 2008.

- [63] Bloques negros: táctica en que los manifestantes van íntegramente vestidos de negro, con el agregado de anteojos oscuros, bufandas, etc., para evitar que la policía los identifique y generar la impresión de una gran masa compacta. [N. de T.]
- [64] *White trash* (“basura blanca”): los blancos pobres, vulgares e incultos de los Estados Unidos. [N. de T.]
- [65] Sondeo de Ipsos, abril de 2015.
- [66] Frédéric Gonthier, *L’État providence face aux opinions publiques*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 2017.
- [67] Serge Paugam y otros, *Ce que les riches pensent des pauvres*, París, Seuil, 2017.
- [68] Leslie McCall, “The political meanings of social class inequality”, *Social Currents*, 1(1): 25-34, 2014.
- [69] Éric Maurin, *La peur du déclassement. Une sociologie des récessions*, París, Seuil, col. “La République des idées”, 2009.
- [70] Raul Magni-Berton, “Perception de l’égalité et choix électoral”, en O. Galland (comp.), *La France des inégalités*, ob. cit.
- [71] Régis Bigot, Sandra Hoibian y Jörg Müller, “Évolution du regard sur les quartiers sensibles et les discriminations entre 2009 et 2014”, *Collection des Rapports*, 322, Crédoc, abril de 2015.
- [72] Florent Gougou, “Les ouvriers et le vote Front National. Les logiques d’un réaligement électoral”, en Sylvain Crépon, Alexandre Dézé y Nonna Mayer (comps.), *Les faux-semblants du Front National. Sociologie d’un parti politique*, París, Presses de Sciences Po, 2015: 323-344.
- [73] Thomas Frank, *Pourquoi les pauvres votent à droite?*, Marsella, Agone, 2013.
- [74] Jefferson Cowie, *The Great Exception. The New Deal and the Limits of American Politics*, Princeton, Princeton University Press, 2016.
- [75] Yolande Benarrosh, *Le sens du travail. Migration, reconversion, chômage*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2014.
- [76] Michèle Lamont, *La dignité des travailleurs. Exclusion, race, classe et immigration en France et aux États-Unis*, París, Presses de Sciences Po, 2002.
- [77] Vincent Tiberj, “Une France moins xénophobe?”, *La Vie des Idées*, 6 de junio de 2017.
- [78] Jérôme Fourquet, “Les européens et l’immigration. Perception des flux et représentations en France”, Fondation Jean Jaurès, octubre de 2017, disponible en jean-jaures.org/nos-productions/les-europeens-et-l-immigration-perception-des-flux-et-representations-en-france.
- [79] Esa era la intuición de Daniel Bell, *Les contradictions culturelles du capitalisme*, París, PUF, 1979 [ed. cast.: *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1977].
- [80] Richard Sennett, *Les tyrannies de l’intimité*, París, Seuil, 1979 [ed. cast.: *El declive del hombre público*, Barcelona, Península, 1979].
- [81] Émile Durkheim, *L’Allemagne au-dessus de tout. Commentaire à vive voix* (1915), París, EHESS, 2017 [ed. cast.: “Alemania por encima de todo”. *La mentalidad alemana y la guerra*, París, Armand Colin, 1915].
- [82] Étienne Schweisguth, “Un nouveau cocktail de valeurs. Liberté privée et ordre public”, en Olivier Galland y Bernard Roudet (comps.), *Les valeurs des jeunes. Tendances en France depuis 20 ans*, París, L’Harmattan, 2001: 99-117.
- [83] Daniel Innerarity, *Le temps de l’indignation*, Lormont, Le Bord de l’Eau, 2018 [ed. cast.: *La política en tiempos de indignación*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016].
- [84] Fundador, en 1953, de un movimiento que, en Francia, aglutinaba a comerciantes y artesanos opuestos a las grandes cadenas comerciales. Luego de un breve período de auge en que suscitó la adhesión de amplios sectores de las clases medias, el movimiento se diluyó en 1958 al perder la casi totalidad de las bancas parlamentarias que había ganado en años anteriores. [N. de T.]

- [85] Peter Sloterdijk, *Colère et temps. Essai politico-psychologique*, París, Libella - Maren Sell, 2007 [ed. cast.: *Ira y tiempo. Ensayo psicopolítico*, Madrid, Siruela, 2010].
- [86] Ernesto Laclau, *La raison populiste*, París, Seuil, 2008 [ed. cast.: *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005], y Chantal Mouffe, *L'illusion du consensus*, París, Albin Michel, 2016 [ed. cast.: *En torno a lo político*, Buenos Aires, FCE, 2007].
- [87] En BFM TV, 28 de febrero de 2018.
- [88] Raphaël Liogier, “Populisme liquide dans les démocraties occidentales”, en B. Badie y D. Vidal (dirs.), *Le retour des populismes. L'état du monde 2019*, París, La Découverte, 2018: 39-48.
- [89] Jean-Claude Michéa, *Le loup dans la bergerie. Droit, libéralisme et vie commune*, París, Flammarion, 2018.
- [90] Pierre Rosanvallon, *Notre histoire intellectuelle et politique, 1968-2018*, París, Seuil, 2018.
- [91] Emmanuel Todd, *Qui est Charlie? Sociologie d'une crise religieuse*, París, Seuil, 2015.
- [92] Daniel Lindenberg, *Le rappel à l'ordre. Enquête sur les nouveaux réactionnaires*, París, Seuil, 2002.
- [93] Jacques Rancière, “Les mésaventures de la pensée critique”, en *Le spectateur émancipé*, París, La Fabrique, 2008: 30-55 [ed. cast.: “Las desventuras del pensamiento crítico”, en *El espectador emancipado*, Buenos Aires, Manantial, 2010: 29-52].
- [94] Enzo Traverso, *Mélancolie de gauche. La force d'une tradition cachée (XIXe-XXIe siècle)*, París, La Découverte, 2016 [ed. cast.: *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, Buenos Aires, FCE, 2018].

Conclusión

Las izquierdas democráticas contra el populismo

¿Cómo superar el momento de la ira y la indignación? ¿Cómo dar una solución política al régimen de desigualdades múltiples? ¿Cómo ofrecer perspectivas de justicia social y fortalecer la vida democrática?

A fines de 2018, el movimiento de los chalecos amarillos dio singular actualidad a estas cuestiones. Ese movimiento cristaliza iras e indignaciones múltiples. Denuncia un poder tenido por altanero y despectivo. Pero, al mismo tiempo, está en dificultades a la hora de enunciar y jerarquizar reivindicaciones a menudo contradictorias, dado que ningún sindicato y ningún partido parecen en condiciones de agrupar esas iras ni de entrar en un proceso de negociación. Los partidos populistas esperan sacar beneficios de un movimiento que no controlan. Ya no hay nada entre el sentimiento de injusticia y las fuerzas políticas y sociales: ese vacío fortalece aún más las iras, la desconfianza hacia la democracia representativa y el deseo de una autoridad capaz de unir al pueblo, la nación y el Estado.

La apuesta no es solo política. También es intelectual, en la medida en que hoy en día las representaciones de la vida social están dominadas, sea por el tema de la crisis perpetua de un antiguo mundo idealizado, sea por la imagen de la jaula de acero de la globalización, las finanzas y las nuevas tecnologías. En cualquiera de los dos casos, ya no seríamos capaces de inventar una sociedad vivible, una sociedad capaz de actuar sobre sí misma, una sociedad donde no todo empeore. Si es necesario que comprendamos las iras, los resentimientos y las indignaciones, debemos, aún más, resistirnos a su vértigo.

La lucha contra las grandes desigualdades sociales debe ser una prioridad. Esas desigualdades son intolerables. ¿Por qué no poner un techo a los altos ingresos, cuando Emmanuel Faber, presidente y director general de Danone,

explica que si se redujera un 30% el 1% de los salarios más elevados del grupo, se duplicaría el salario del 20% que menos gana? Esas desigualdades extremas no solo son chocantes. Son peligrosas, porque generan una élite dirigente que escapa a todo control y mueve sus inversiones de un lado a otro en función de las oportunidades fiscales, las cargas sociales, las reglamentaciones ecológicas y los dividendos esperados.

La lucha contra las grandes desigualdades, las que separan el 1 o el 0,1% de los más ricos del resto de la sociedad, es una prioridad estratégica si los Estados y las sociedades quieren recuperar en parte su control sobre la economía, el sistema fiscal y la regulación de los mercados. Aun cuando Europa nos satisfaga muy poco, cuesta comprender, de todos modos, en qué sentido los repliegues nacionales habrían de ser una respuesta eficaz en la materia.

Pero la lucha contra las “grandes” desigualdades no dispensa de asignar también prioridad al combate contra las desigualdades más “pequeñas”, las que importan para los individuos que las sufren. Desde el punto de vista económico, las de mayor incidencia son las grandes desigualdades. Pero, desde el punto de vista sociológico y político, las pequeñas tienen el mayor “peso”: determinan las experiencias sociales, las iras y las indignaciones; fortalecen o destruyen los mecanismos de solidaridad. Al no encontrar una expresión política constructiva y democrática, esas desigualdades múltiples hoy en día engendran los populismos, la desconfianza y la demagogia.

La defensa de la igualdad social debería seguir siendo un horizonte político. Es necesario recordar que la equidad y la eficacia no son contradictorias.^[95] Las sociedades igualitarias no son menos dinámicas que las sociedades desigualitarias, pero son más apacibles y gozan de mejor salud. En ellas se acepta mejor la exigencia de la solidaridad y la defensa del medioambiente. El miedo al desclasamiento es menos obsesionante.

El régimen de desigualdades múltiples está asociado a la proliferación de las políticas y los dispositivos focalizados en públicos y problemas específicos. Cabe razonablemente hacer la hipótesis de que esta tendencia debilita las representaciones del contrato social sobre las cuales se basan los mecanismos de solidaridad. Al hacer blanco en los pobres, las mujeres, los barrios problemáticos, los territorios, las minorías, los automovilistas en función de la antigüedad de su auto, y multiplicar los efectos de umbral en función de las mil dimensiones de las desigualdades, las políticas públicas

reducen algunas de estas, pero acentúan a la vez la atomización de la vida social y, a fin de cuentas, la competencia de las desigualdades.

¿Cómo es posible que, en una sociedad que retiene y redistribuye casi la mitad de su riqueza, cualquiera pueda sentirse olvidado y despreciado? Hay que aprender a luchar contra esas desigualdades incluyéndolas en políticas sociales universales que promuevan lo que tenemos en común.

De la misma manera, si bien salta a la vista que las discriminaciones se imponen poco a poco como la figura dominante de las injusticias, no debemos renunciar al modelo de la igualdad social frente al de la igualdad de oportunidades, que, recordémoslo, apunta a una competencia equitativa más que a la igualdad de condiciones. Tenemos que luchar contra las discriminaciones y, al mismo tiempo, resistirnos al imperio de las lecturas identitarias inducidas por ellas.

Las fuerzas que quieren combatir las derivas populistas no deberían contentarse con una condena moral que se vuelve aún más vana al no carecer de buenas razones las iras. Tampoco deberían atenerse a la mera racionalidad de las políticas que toman en cuenta el mundo tal como es, y que vacían así la idea misma de política, dado que, en verdad, ya no habría nada que elegir. Las izquierdas democráticas deberían apropiarse de las preguntas planteadas por los populismos y esforzarse por responderlas mediante la propuesta de otro horizonte de justicia social y vida democrática.

Ahora bien, el régimen de desigualdades múltiples cambia las cosas. Al mismo tiempo que las desigualdades se convierten en experiencias personales, es preciso combatirlas en el plano de los individuos. Desde ese punto de vista, tenemos algunas razones para ser optimistas. En la mayoría de los casos, las indignaciones no son posturas. Generan esperanza. La izquierda debería dar una voz a esa generosidad, en vez de trotar detrás de las iras que los populismos e internet siempre captarán mejor que ella. En vez de interpretar la tensión entre la dicha privada y la desdicha pública y entre la justicia personal y la ira colectiva como una crisis de la ciudadanía y el triunfo del individualismo, hay que recordar que los individuos son con frecuencia mucho más generosos y activos de lo que lo postulan las indignaciones populistas, que cristalizan las iras al proponer todo y su contrario.

De manera a menudo minúscula, los individuos son más comprometidos y solidarios de lo que lo hacen creer las iras colectivas. Sin los representantes

locales electos y los cuerpos intermedios tan desacreditados en nuestros días, sin los miles de asociaciones que se hacen cargo de la solidaridad, la actividad cultural y deportiva y asimismo la defensa del medioambiente, la vida social local desaparecería. El personal de salud sigue atendiendo a los enfermos y preocupándose por ellos mucho más allá de lo que su profesión le exige. Pese a la reproducción de las desigualdades escolares, los docentes se movilizan, inventan maneras de trabajar juntos y no bajan los brazos. Si bien la hostilidad hacia los refugiados y los migrantes parece ser la regla, hay militantes que organizan su acogida, incluso en las aldeas más remotas. Como los barrios problemáticos están reducidos a la imagen de la delincuencia, la miseria, la violencia y la cerrazón religiosa, ya nadie ve a los asistentes sociales ni a los militantes que combaten en ellos contra el fatalismo.

La búsqueda de la justicia y la igualdad para uno mismo y para los demás no es la inyección de ánimo para una sociedad que funciona mal: debería ser el basamento de una renovación política. El problema radica en que todos esos actores y todas esas acciones son hoy invisibles, están desprovistos de palabra colectiva y de relevos políticos y sindicales. Ningún partido, ningún movimiento parecen en condiciones de darles una expresión. Todo sucede como si las pasiones tristes fueran las únicas con derecho de ciudad, como si la única imagen aceptable de la vida social fuera la de la caída y la catástrofe anunciada. Dado que la izquierda no es hoy la mejor banca de la ira, debería ser la de la responsabilidad y la esperanza.

Burdeos, 16 de noviembre de 2018

[95] Anthony Barnes Atkinson, *Inégalités*, París, Seuil, 2016 [ed. cast.: *Desigualdad. ¿Qué podemos hacer?*, México, FCE, 2016].

Bibliografía

- Argouarc'h, J. y O. Calavrezo (2013), "La répartition des hommes et des femmes par métiers. Une baisse de la ségrégation depuis 30 ans", *Dares Analyses*, 79, diciembre: 1-13.
- Barnes Atkinson, A. (2016), *Inégalités*, París, Seuil [ed. cast.: *Desigualdad. ¿Qué podemos hacer?*, México, FCE, 2016].
- Baudelot, C. y M. Gollac (comps., 2003), *Travailler pour être heureux? Le bonheur et le travail en France*, París, Fayard [ed. cast.: *¿Trabajar para ser feliz? La felicidad y el trabajo en Francia*, Buenos Aires, Miño y Dávila - Ceil-Conicet, 2011].
- Bell, D. (1979), *Les contradictions culturelles du capitalisme*, París, PUF [ed. cast.: *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1977].
- Benarrosh, Y. (2014), *Le sens du travail. Migration, reconversion, chômage*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes.
- Bigot, R., S. Hoibian y J. Müller (2015), "Évolution du regard sur les quartiers sensibles et les discriminations entre 2009 et 2014", *Collection des Rapports*, 322, Crédoc, abril.
- Blau, P. M. (1977), *Inequality and Heterogeneity. A Primitive Theory of Social Structure*, Nueva York, Free Press.
- Boltanski, L. (1982), *Les cadres. La formation d'un groupe social*, París, Minuit.
- Bouchet-Valat, M. (2014), "Les évolutions de l'homogamie de diplôme, de classe et d'origine sociales en France (1969-2011). Ouverture d'ensemble, repli des élites", *Revue Française de Sociologie*, 55(3): 459-505.

- Castel, R. (1995), *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*, París, Fayard [ed. cast.: *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós, 1997].
- Chauvel, L. (2006), *Les classes moyennes à la dérive*, París, Seuil, col. “La République des idées”.
- Cosandey, F. (2016), *Le rang. Préséances et hiérarchies dans la France d’Ancien Régime*, París, Gallimard.
- Coulangeon, P. (2011), *Les métamorphoses de la distinction. Inégalités culturelles dans la France d’aujourd’hui*, París, Grasset.
- Cowie, J. (2016), *The Great Exception. The New Deal and the Limits of American Politics*, Princeton, Princeton University Press.
- Crédoc (Centre de Recherche pour l’Étude et l’Observation des Conditions de Vie [Centro de Investigación para el Estudio y la Observación de las Condiciones de Vida]) (2017), “Conditions de vie et aspirations des français”, verano.
- CSA (Conseil Supérieur de l’Audiovisuel [Consejo Superior Audiovisual]) (2016), “Baromètre de la diversité 2016”.
- D’Albis, H. e I. Badji (2017), “Les inégalités de niveau de vie entre les générations en France”, *Économie et Statistique*, 491-492, “Âges et générations”: 77-99.
- D’Iribarne, P. (1989), *La logique de l’honneur. Gestion des entreprises et traditions nationales*, París, Seuil.
- Dubet, F. (1987), *La galère. Jeunes en survie*, París, Fayard.
- (2010), *Les places et les chances. Repenser la justice sociale*, París, Seuil, col. “La République des idées” [ed. cast.: *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011].
- Dubet, F., M. Duru-Bellat y A. Vérétoit (2010), *Les sociétés et leur école. Emprise du diplôme et cohésion sociale*, París, Seuil.

- Dubet, F., O. Cousin, É. Macé y S. Rui (2013), *Pourquoi moi?. L'expérience des discriminations*, París, Seuil.
- Dubet, F., V. Caillet, R. Cortéséro, D. Mélo y F. Rault (2006), *Injustices. L'expérience des inégalités au travail*, París, Seuil.
- Dumont, L. (1966), *Homo hierarchicus. Essai sur le système des castes*, París, Gallimard [ed. cast.: *Homo hierarchicus. Ensayo sobre el sistema de castas*, Madrid, Aguilar, 1970].
- Durkheim, É. (2017), *L'Allemagne au-dessus de tout. Commentaire à vive voix* (1915), París, EHESS [ed. cast.: "*Alemania por encima de todo*". *La mentalidad alemana y la guerra*, París, Armand Colin, 1915].
- Duru-Bellat, M. (2006), *L'inflation scolaire. Les désillusions de la méritocratie*, París, Seuil.
- Flahault, F. (1998), *La méchanceté*, París, Descartes et Cie.
- Florida, R. L. (2012), *The Rise of the Creative Class. Revisited*, Nueva York, Basic Books [ed. cast.: *La clase creativa. La transformación de la cultura del trabajo y el ocio en el siglo XXI*, 1ª ed., Madrid, Paidós, 2010].
- Forsé, M. y O. Galland (comps., 2011), *Les Français face aux inégalités et à la justice sociale*, París, Armand Colin.
- Fourquet, J. (2017), "Les européens et l'immigration. Perception des flux et représentations en France", Fondation Jean Jaurès, octobre, disponible en [≤jean-jaures.org/nos-productions/les-europeens-et-l-immigration-perception-des-flux-et-representations-en-france>](http://jean-jaures.org/nos-productions/les-europeens-et-l-immigration-perception-des-flux-et-representations-en-france).
- Frank, T. (2013), *Pourquoi les pauvres votent à droite?*, Marsella, Agone.
- Fraser, N. y A. Honneth (2003), *Redistribution or Recognition? A Political-Philosophical Exchange*, Londres, Verso [ed. cast.: *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político filosófico*, La Coruña - Madrid, Fundación Paideia Galiza - Morata, 2006].

- Frémeaux, N. (2018), *Les nouveaux héritiers*, París, Seuil, col. “La République des idées”.
- Galland, O. (comp., 2016), *La France des inégalités. Réalités et perceptions*, París, Presses de l’Université Paris-Sorbonne.
- Galland, O. y A. Muxel (comps., 2018), *La tentation radicale. Enquête auprès des lycéens*, París, PUF.
- Galland, O. y Y. Lemel (2018), *Sociologie des inégalités*, París, Armand Colin.
- García-Peñalosa, C. (2017), “Les inégalités dans les modèles macroéconomiques”, *Revue de l’OFCE*, 153(4): 105-131.
- Godechot, O. (2007), *Working Rich. Salaires, bonus et appropriation du profit dans l’industrie financière*, París, La Découverte.
- Gonthier, F. (2017), *L’État providence face aux opinions publiques*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble.
- Gougou, F. (2015), “Les ouvriers et le vote Front National. Les logiques d’un réalignement électoral”, en S. Crépon, A. Dézé y N. Mayer (comps.), *Les faux-semblants du Front National. Sociologie d’un parti politique*, París, Presses de Sciences Po: 323-344.
- Grandjean, A. y F. Guénard (comps., 2012), *Le ressentiment, passion sociale*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes.
- Groux, G. y J.-M. Pernot (2008), *La grève*, París, Presses de Sciences Po.
- Hirschman, A. O. (1995), *Défection et prise de parole. Théorie et applications*, París, Fayard [ed. cast.: *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y Estados*, México, FCE, 1977].
- Hofstadter, R. (2012), *Le style paranoïaque. Théories du complot et droite radicale en Amérique* (1964), París, François Bourin.
- Honneth, A. (2006), *La société du mépris. Vers une nouvelle théorie critique*, París, La Découverte [ed. cast.: *La sociedad del desprecio*,

Madrid, Trotta, 2011].

Hughes, R. (1993), *Culture of Complaint. The Fraying of America*, Nueva York, Oxford University Press [ed. cast.: *La cultura de la queja. Trifulcas norteamericanas*, Barcelona, Anagrama, 2005].

Hugrée, C. (2016), “Les sciences sociales face à la mobilité sociale. Les enjeux d’une démesure statistique des déplacements sociaux entre générations”, *Politix*, 114(2): 47-72.

Innerarity, D. (2018), *Le temps de l’indignation*, Lormont, Le Bord de l’Eau [ed. cast.: *La política en tiempos de indignación*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016].

Jost, F. (2018), *La méchanceté en actes à l’ère numérique*, Paris, CNRS.

Laclau, E. (2008), *La raison populiste*, Paris, Seuil [ed. cast.: *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005].

Lamont, M. (2002), *La dignité des travailleurs. Exclusion, race, classe et immigration en France et aux États-Unis*, Paris, Presses de Sciences Po.

Lamont, M., G. Moraes Silva, J. S. Welburn, J. Guetzkow, N. Mizrachi, H. Herzog y E. Reis (2016), *Getting Respect. Responding to Stigma and Discrimination in the United States, Brazil, and Israel*, Princeton, Princeton University Press.

Lapeyronnie, D. (2008), *Ghetto urbain. Ségrégation, violence, pauvreté en France aujourd’hui*, Paris, Robert Laffont.

Lenski, G. (1954), “Status crystallization. A non-vertical dimension of social status”, *American Sociological Review*, 19(4), agosto: 405-413.

Lindenberg, D. (2002), *Le rappel à l’ordre. Enquête sur les nouveaux réactionnaires*, Paris, Seuil.

Liogier, R. (2019), “Populisme liquide dans les démocraties occidentales”, en B. Badie y D. Vidal (dirs.), *Le retour des populismes. L’état du monde 2019*, Paris, La Découverte, 2018: 39-48.

- Magni-Berton, R. (2016), "Perception de l'égalité et choix électoral", en O. Galland (comp.), *La France des inégalités. Réalités et perceptions*, Paris, Presses de l'Université Paris-Sorbonne.
- Maurin, É. (2009), *La peur du déclassement. Une sociologie des récessions*, Paris, Seuil, col. "La République des idées".
- McCall, L. (2014), "The political meanings of social class inequality", *Social Currents*, 1(1): 25-34.
- Merklen, D. (2013), *Pourquoi brûle-t-on des bibliothèques?*, Villeurbanne, Presses de l'Ensibb [ed. cast.: *Bibliotecas en llamas. Cuando las clases populares cuestionan la sociología y la política*, Los Polvorines, UNGS, 2016].
- Michéa, J.-C. (2018), *Le loup dans la bergerie. Droit, libéralisme et vie commune*, Paris, Flammarion.
- Mouffe, C. (2016), *L'illusion du consensus*, Paris, Albin Michel [ed. cast.: *En torno a lo político*, Buenos Aires, FCE, 2007].
- Observatoire des inégalités (2017), *Rapport sur les inégalités*.
- Osberg, L. y T. Smeeding (2006), "'Fair' inequality? Attitudes toward pay differentials. The United States in comparative perspective", *American Sociological Review*, 71(3): 450-473.
- Pakulski, J. y M. Waters (1996), *The Death of Class*, Londres, Sage.
- Pasquier, D. (2005), *Cultures lycéennes. La tyrannie de la majorité*, Paris, Autrement.
- Paugam, S., B. Cousin, C. Giorgetti y J. Naudet (2017), *Ce que les riches pensent des pauvres*, Paris, Seuil.
- Peugny, C. (2013), *Le destin au berceau. Inégalités et reproduction sociale*, Paris, Seuil, col. "La République des idées".
- Piketty, T. (2013), *Le capital au XXI^e siècle*, Paris, Seuil [ed. cast.: *El capital en el siglo XXI*, México, FCE, 2014].
- Putnam, R. D. (2007), "E Pluribus Unum. Diversity and community in the twenty-first century. The 2006 Johan Skytte Prize Lecture",

Scandinavian Political Studies, 30(2), junio: 137-174.

Rancière, J. (2008), “Les mésaventures de la pensée critique”, en *Le spectateur émancipé*, París, La Fabrique: 30-55 [ed. cast.: “Las desventuras del pensamiento crítico”, en *El espectador emancipado*, Buenos Aires, Manantial, 2010: 29-52].

Reich, R. (1993), *L'économie mondialisée*, París, Dunod [ed. cast.: *El trabajo de las naciones*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1993].

Rosanvallon, P. (2018), *Notre histoire intellectuelle et politique, 1968-2018*, París, Seuil.

Schweisguth, É. (2001), “Un nouveau cocktail de valeurs. Liberté privée et ordre public”, en O. Galland y B. Roudet (comps.), *Les valeurs des jeunes. Tendances en France depuis 20 ans*, París, L'Harmattan: 99-117.

Sennett, R. (1979), *Les tyrannies de l'intimité*, París, Seuil [ed. cast.: *El declive del hombre público*, Barcelona, Península, 1979].

Siblot, Y., M. Cartier, I. Coutant, O. Masclet y N. Renahy (2015), *Sociologie des classes populaires contemporaines*, París, Armand Colin.

Simmel, G. (1992), *Le conflit* (1923), París, Circé [ed. cast.: *El conflicto. Sociología del antagonismo*, Madrid, Sequitur, 2010].

Sloterdijk, P. (2007), *Colère et temps. Essai politico-psychologique*, París, Libella - Maren Sell [ed. cast.: *Ira y tiempo. Ensayo psicopolítico*, Madrid, Siruela, 2010].

Tiberj, V. (2017), “Une France moins xénophobe?”, *La Vie des Idées*, 6 de junio.

Todd, E. (2015), *Qui est Charlie? Sociologie d'une crise religieuse*, París, Seuil.

Traverso, E. (2016), *Mélancolie de gauche. La force d'une tradition cachée (XIXe-XXIe siècle)*, París, La Découverte [ed. cast.: *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, Buenos Aires, FCE, 2018].